

José María Iraburu

La adoración eucarística nocturna

Fundación GRATIS DATE

Pamplona 2001, 2ª ed.

I

La adoración eucarística

BIBLIOGRAFÍA. *Ritual de la Sagrada Comunión y del culto a la Eucaristía fuera de la Misa*, Comisión episcopal española de Liturgia, Madrid 1979.

Angot, M.-B., *Las casas de adoración*, Herder, Barcelona 1995; **Arnau, R.**, *La oración ante el Santísimo Sacramento como comportamiento eclesial*, «Teología Espiritual» 26 (1982) 85-98; **Bertaud, É.**, *Dévotion eucharistique; esquisse historique*, DSp IV, 1621-1637; **Bourbonais, G.**, *L'adoration eucharistique aujourd'hui*, «Vie Consacrée» 42 (1970) 65-88; **Croce-tti, G.**, *L'adorazione a Cristo Redentore presente nell'Eucaristia*, «La Scuola Cattolica» 110 (1982) 3-28; **Fortún, F. X.**, OSB, *El Sagrario y el Evangelio*, Rialp, Madrid 1990; **González, C.**, *La adoración eucarística*, Paulinas, Madrid 1990; **González, ven. M.**, *Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario*, EGDA, Madrid 1986¹²; **Iraburu, J. M.**, *La adoración eucarística*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 1999; **Molien, O.**, *Adoration*,

DSp I, 210-222; **Jungmann, J. A.**, *El sacrificio de la Misa*, BAC 68, Madrid 1959³; **Longpré, É.**, *Eucharistie et expérience mystique*, DSp IV, 1586-1621; **Olivar, A.**, *El desarrollo del culto eucarístico fuera de la Misa*, «Phase» 135 (1983) 187-203; **Roche, J.**, *Le culte du Saint-Sacrement hors Messe*, «Esprit et vie» 92 (1982) 273-281; **Sadoux, D.-Gervais, P.**, *L'adoration eucharistique*, «Vie consacrée» (1983) 85-97; **Sayés, J. A.**, *La presencia real de Cristo en la Eucaristía*, BAC 386, Madrid 1976; **Solano, J.**, *Textos eucarísticos primitivos*, BAC 88 y 118, Madrid 1978² y 1979²; **Tena, P.**, *La adoración eucarística. Teología y espiritualidad*, «Phase» 135 (1983) 205-218; **Van Doren, Dom Rom-baut**, *La réserve eucharistique*, «Questions Liturgiques» 63 (1982) 234-242; **Vassali, G. - Núñez, E. G. - R. Fortin, R.**, *Culte de la Présence réelle et Magistère*, DSp IV, 1637-1648.

1

Historia

Centralidad de la Eucaristía

Desde el principio del cristianismo, *la Eucaristía es la fuente, el centro y el culmen de toda la vida de la Iglesia*. Como memorial de la pasión y de la resurrección de Cristo Salvador, como sacrificio de la Nueva Alianza, como cena que anticipa y prepara el banquete celestial, como signo y causa de la unidad de la Iglesia, como actualización perenne del Misterio pascual, como Pan de vida eterna y Cáliz de salvación, la celebración de la Eucaristía es el centro indudable del cristianismo.

Normalmente, la Misa al principio se celebra sólo el domingo, pero ya en los siglos III y IV se generaliza la Misa diaria.

La devoción antigua a la Eucaristía lleva en algunos momentos y lugares a celebrarla en un solo día varias veces. San León III (+816) celebra con frecuencia siete y aún nueve en un mismo día. Varios concilios moderan y prohíben estas prácticas excesivas. Alejandro II (+1073) prescribe una Misa diaria: «muy feliz ha de considerarse el que pueda celebrar dignamente una sola Misa» cada día.

Reserva de la Eucaristía

En los siglos primeros, a causa de las persecuciones y al no haber templos, la conservación de las especies eucarísticas se hace normalmente en forma privada, y tiene por fin la comunión de los enfermos, presos y ausentes.

Esta reserva de la Eucaristía, al cesar las persecuciones, va tomando formas externas cada vez más solemnes.

Las *Constituciones apostólicas* —hacia el 400— disponen ya que, después de distribuir la comunión, las especies sean llevadas a un *sacrarium*. El sínodo de Verdun, del siglo VI, manda guardar la Eucaristía «en un lugar eminente y honesto, y si los recursos lo permiten, debe tener una lámpara permanentemente encendida». Las *píxides* de la antigüedad eran cajitas preciosas para guardar el pan eucarístico. León IV (+855) dispone que «sólomente se pongan en el altar las reliquias, los cuatro evangelios y la píxide con el Cuerpo del Señor para el viático de los enfermos».

Estos signos expresan la veneración cristiana antigua al cuerpo eucarístico del Salvador y su fe en la presencia real del Señor en la Eucaristía. Todavía, sin

embargo, la reserva eucarística tiene como fin exclusivo la comunión de enfermos y ausentes; pero no el culto a la Presencia real.

La adoración eucarística dentro de la Misa

Ha de advertirse, sin embargo, que ya por esos siglos el cuerpo de Cristo recibe de los fieles, dentro de la misma celebración eucarística, signos claros de adoración, que aparecen prescritos en las antiguas liturgias. Especialmente antes de la comunión —*Sancta sanctis*, lo santo para los santos—, los fieles realizan inclinaciones y postraciones:

«San Agustín decía: “nadie coma de este cuerpo, si primero no lo adora”, añadiendo que no sólo no pecamos adorándolo, sino que pecamos no adorándolo» (Pío XII, *Mediator Dei* 162).

Por otra parte, *la elevación de la hostia*, y más tarde del cáliz, después de la consagración, suscita también la adoración interior y exterior de los fieles. Hacia el 1210 la prescribe el obispo de París, antes de esa fecha es practicada entre los cistercienses, y a fines del siglo XIII es común en todo el Occidente. En nuestro siglo, en 1906, San Pío X, «el papa de la Eucaristía», concede indulgencias a quien mire piadosamente la hostia elevada, diciendo «Señor mío y Dios mío» (Jungmann II, 277-291).

Primeras manifestaciones del culto a la Eucaristía fuera de la Misa

La adoración de Cristo en la misma celebración del Sacrificio eucarístico es vivida, como hemos dicho, desde el

principio. Y la adoración de la Presencia real fuera de la Misa irá configurándose como devoción propia a partir del siglo IX, con ocasión de las controversias eucarísticas. Por esos años, al *simbolismo* de un Ratramno, se opone con fuerza el *realismo* de un Pascasio Radberto, que acentúa la presencia real de Cristo en la Eucaristía, no siempre en términos exactos.

Conflictos teológicos análogos se producen en el siglo XI. La Iglesia reacciona con prontitud y fuerza unánime contra el simbolismo eucarístico de Berengario de Tours (+1088). Su doctrina es impugnada por teólogos como Anselmo de Laón (+1117) o Guillermo de Champeaux (+1121), y es inmediatamente condenada por un buen número de Sínodos (Roma, Vercelli, París, Tours), y sobre todo por los Concilios Romanos de 1059 y de 1079 (*Dz* 690 y 700).

En efecto, el pan y el vino, una vez consagrados, se convierten «substancialmente en la verdadera, propia y vivificante carne y sangre de Jesucristo, nuestro Señor». Por eso en el Sacramento está presente *totus Christus*, en alma y cuerpo, como hombre y como Dios.

Estas enérgicas afirmaciones de la fe van acrecentando más y más en el pueblo la devoción a la Presencia real.

Veamos algunos ejemplos. A fines del siglo IX, la *Regula solitarium* establece que los ascetas reclusos, que viven en lugar anexo a un templo, estén siempre por su devoción a la Eucaristía en la presencia de Cristo. En el siglo XI, Lanfranco, arzobispo de Canterbury, establece una procesión con el Santísimo en el domingo de Ramos. En ese mismo siglo, durante las controversias con Berengario, en los mo-

nasterios benedictinos de Bec y de Cluny existe la costumbre de hacer genuflexión ante el Santísimo Sacramento y de incensarlo. En el siglo XII, la *Regla de los reclusos* prescribe: «orientando vuestro pensamiento hacia la sagrada Eucaristía, que se conserva en el altar mayor, y vueltos hacia ella, adoradla diciendo de rodillas: “¡salve, origen de nuestra creación!, ¡salve, precio de nuestra redención!, ¡salve, viático de nuestra peregrinación!, ¡salve, premio esperado y deseado!”».

En todo caso, conviene recordar que «la devoción individual de ir a orar ante el sagrario tiene un precedente histórico en *el monumento del Jueves Santo* a partir del siglo XI, aunque ya el Sacramentario Gelasiano habla de la reserva eucarística en este día... El monumento del Jueves Santo está en la prehistoria de la práctica de ir a orar individualmente ante el sagrario, devoción que empieza a generalizarse a principios del siglo XIII» (Olivar 192).

Aversión y devoción en el siglo XIII

Por esos tiempos, sin embargo, no todos participan de la devoción eucarística, y también se dan casos horribles de desafección a la Presencia real. Veamos, a modo de ejemplo, la infinita distancia que en esto se produce entre cátaros y franciscanos. Cayetano Esser, franciscano, describe así el mundo de los primeros:

«En aquellos tiempos, el ataque más fuerte contra el Sacramento del Altar venía de parte de los cátaros [muy numerosos en la zona de Asís]. Empecinados en su dualismo doctrinal, rechazaban precisamente la Eucaristía porque en ella está siempre en íntimo contacto el mundo de lo divino, de lo espiritual, con el mundo de lo material, que, al ser tenido por ellos como materia

nefanda, debía ser despreciado. Por oportunismo, conservaban un cierto rito de la fracción del pan, meramente conmemorativo. Para ellos, el sacrificio mismo de Cristo no tenía ningún sentido.

«Otros herejes declaraban hasta malvado este sacramento católico. Y se había extendido un movimiento de opinión que rehusaba la Eucaristía, juzgando impuro todo lo que es material y proclamando que los “verdaderos cristianos” deben vivir del “alimento celestial”.

«Teniendo en cuenta este ambiente, se comprenderá por qué, precisamente en este tiempo, la adoración de la sagrada hostia, como reconocimiento de la presencia real, venía a ser la señal distintiva más destacada de los auténticos verdaderos cristianos. El culto de adoración de la Eucaristía, que en adelante irá tomando formas múltiples, tiene aquí una de sus raíces más profundas. Por el mismo motivo, el problema de la presencia real vino a colocarse en el primer plano de las discusiones teológicas, y ejerció también una gran influencia en la elaboración del rito de la Misa.

«Por otra parte, las decisiones del Concilio de Letrán [IV: 1215] nos descubren los abusos de que tuvo que ocuparse entonces la Iglesia. El llamado *Anónimo de Perugia* es a este respecto de una claridad espantosa: sacerdotes que no renovaban al tiempo debido las hostias consagradas, de forma que se las comían los gusanos; o que dejaban a propósito caer a tierra el cuerpo y la sangre del Señor, o metían el Sacramento en cualquier cuarto, y hasta lo dejaban colgado en un árbol del jardín; al visitar a los enfermos, se dejaban allí la píxide y se iban a la taberna; daban la comunión a los pecadores públicos y se la negaban a gentes de buena fama; celebraban la santa Misa llevando una vida de escándalo público», etc. (*Temi spirituali*, Biblioteca Francescana, Milán 1967, 281-282; +D. Elcid, *Clara de Asís*, BAC pop. 31, Madrid 1986, 193-195).

Frente a tales degradaciones, se producen en esta época grandes avances de la devoción eucarística. Entre otros muchos, podemos considerar el testimonio impresionante de san Francisco de Asís (1182-1226). Poco antes de morir, en su *Testamento*, pide a todos sus hermanos que participen siempre de la inmensa veneración que él profesa hacia la Eucaristía y los sacerdotes:

«Yo lo hago por este motivo: porque en este siglo nada veo corporalmente del mismo altísimo Hijo de Dios, sino su santísimo cuerpo y su santísima sangre, que ellos reciben y sólo ellos administran a los demás. Y quiero que estos santísimos misterios sean honrados y venerados por encima de todo y colocados en lugares preciosos» (10-11; +*Admoniciones 1: El Cuerpo del Señor*).

Esta devoción eucarística, tan fuerte en el mundo franciscano, también marca una huella muy profunda, que dura hasta nuestros días, en la espiritualidad de las clarisas. En la *Vida* de santa Clara (+1253), escrita muy pronto por el franciscano Tomás de Celano (hacia 1255), se refiere un precioso milagro eucarístico. Asediada la ciudad de Asís por un ejército invasor de sarracenos, son éstos puestos en fuga en el convento de San Damián por la virgen Clara:

«Ésta, impávido el corazón, manda, pese a estar enferma, que la conduzcan a la puerta y la coloquen frente a los enemigos, llevando ante sí la cápsula de plata, encerrada en una caja de marfil, donde se guarda con suma devoción el Cuerpo del Santo de los Santos». De la misma cajita le asegura la voz del Señor: “yo siempre os defenderé”, y los enemigos, llenos de pánico, se dispersan» (*Legenda sanctæ Claræ* 21).

La iconografía tradicional representa a Santa Clara de Asís con una custodia en la mano.

Santa Juliana de Mont-Cornillon y la fiesta del Corpus Christi

El profundo sentimiento cristocéntrico, tan característico de esta fase de la Edad Media, no puede menos de orientar el corazón de los fieles hacia el Cristo glorioso, oculto y manifiesto en la Eucaristía, donde está realmente presente. Así lo hemos comprobado en el ejemplo de franciscanos y clarisas. Es ahora, efectivamente, hacia el 1200, cuando, por obra del Espíritu Santo, la devoción al Cristo de la Eucaristía va a desarrollarse en el pueblo cristiano con nuevos impulsos decisivos.

A partir del año 1208, el Señor se aparece a santa Juliana (1193-1258), primera abadesa agustina de Mont-Cornillon, junto a Lieja. Esta religiosa es una enamorada de la Eucaristía, que, incluso físicamente, encuentra en el pan del cielo su único alimento. El Señor inspira a santa Juliana la institución de una fiesta litúrgica en honor del Santísimo Sacramento. Por ella los fieles se fortalecen en el amor a Jesucristo, expían los pecados y desprecios que se cometen con frecuencia contra la Eucaristía, y al mismo tiempo contrarrestan con esa fiesta litúrgica las agresiones sacrílegas cometidas contra el Sacramento por cátaros, valdenses, petro-brusianos, seguidores de Amaury de Bène, y tantos otros.

Bajo el influjo de estas visiones, el obispo de Lieja, Roberto de Thourotte, instituye en 1246 *la fiesta del Corpus*.

Hugo de Saint-Cher, dominico, cardenal legado para Alemania, extiende la fiesta a todo el territorio de su legación. Y poco después, en 1264, el papa Urbano IV, antiguo arcediano de Lieja, que tiene en gran estima a la santa abadesa Juliana, extiende esta solemnidad litúrgica a toda la Iglesia latina mediante la bula *Transiturus*. Esta *carta magna* del culto eucarístico es un himno a la presencia de Cristo en el Sacramento y al amor inmenso del Redentor, que se hace nuestro pan espiritual.

Es de notar que en esta Bula romana se indican ya los fines del culto eucarístico que más adelante serán señalados por Trento, por la *Mediator Dei* de Pío XII o por los documentos pontificios más recientes: 1) *reparación*, «para confundir la maldad e insensatez de los herejes»; 2) *alabanza*, «para que clero y pueblo, alegrándose juntos, alcen cantos de alabanza»; 3) *servicio*, «al servicio de Cristo»; 4) *adoración y contemplación*, «adorar, venerar, dar culto, glorificar, amar y abrazar el Sacramento excelentísimo»; 5) *anticipación del cielo*, «para que, pasado el curso de esta vida, se les conceda como premio» (*DSP* IV, 1961, 1644).

La nueva devoción, sin embargo, ya en la misma Lieja, halla al principio no pocas oposiciones. El cabildo catedralicio, por ejemplo, estima que ya basta la Misa diaria para honrar el cuerpo eucarístico de Cristo. De hecho, por un serie de factores adversos, la bula de 1264 permanece durante cincuenta años como letra muerta.

Prevalece, sin embargo, la voluntad del Señor, y la fiesta del Corpus va siendo aceptada en muchos lugares: Venecia, 1295; Wurtzburgo, 1298; Amiens, 1306; la orden del Carmen,

1306; etc. Los *títulos* que recibe en los libros litúrgicos son significativos: *dies* o *festivitas eucharistiæ*, *festivitas Sacramenti*, *festum*, *dies*, *sollemnitas corporis* o *de corpore domini nostri Iesu Christi*, *festum Corporis Christi*, *Corpus Christi*, *Corpus...*

El concilio de Vienne, finalmente, en 1314, renueva la bula de Urbano IV. Diócesis y órdenes religiosas aceptan la fiesta del Corpus, y ya para 1324 es celebrada en todo el mundo cristiano.

Celebración del Corpus y exposiciones del Santísimo

La celebración del Corpus implica ya en el siglo XIII una procesión solemne, en la que se realiza una «exposición ambulante del Sacramento» (Olivar 195). Y de ella van derivando otras procesiones con el Santísimo, por ejemplo, para bendecir los campos, para realizar determinadas rogativas, etc.

Por otra parte, «esta presencia palpable, visible, de Dios, esta inmediatez de su presencia, objeto singular de adoración, produjo un impacto muy notable en la mentalidad cristiana occidental e introdujo nuevas formas de piedad, exigiendo rituales nuevos y creando la literatura piadosa correspondiente. En el siglo XIV se practicaba ya la *exposición solemne* y se bendecía con el Santísimo. Es el tiempo en que se crearon los *altares* y las *capillas* del santísimo Sacramento» (Id. 196).

Las exposiciones mayores se van implantando en el siglo XV, y siempre la patria de ellas «es la Europa central. Alemania, Escandinavia y los Países Bajos fueron los centros de difusión de las prácticas eucarísticas, en general» (Id. 197). Al principio,

colocado sobre el altar el Sacramento, es adorado en silencio. Poco a poco va desarrollándose un *ritual* de estas adoraciones, con cantos propios, como el *Ave verum Corpus natum ex Maria Virgine*, muy popular, en el que tan bellamente se une la devoción eucarística con la mariana.

La exposición del Santísimo recibe una acogida popular tan entusiasta que ya hacia 1500 muchas iglesias la practican todos los domingos, normalmente después del rezo de las vísperas –tradición que hoy perdura, por ejemplo, en los monasterios benedictinos de la congregación de Solesmes–. La costumbre, y también la mayoría de los rituales, prescribe *arrodillarse* en la presencia del Santísimo.

En los comienzos, el Santísimo se mantenía velado tanto en las procesiones como en las exposiciones eucarísticas. Pero la costumbre y la disciplina de la Iglesia van disponiendo ya en el siglo XIV la exposición del cuerpo de Cristo «in cristallo» o «in pixide cristalina».

Las Cofradías eucarísticas

Con el fin de que nunca cese el culto de fe, amor y agradecimiento a Cristo, presente en la Eucaristía, nacen las *Cofradías del Santísimo Sacramento*, que «se desarrollan antes, incluso, que la festividad del Corpus Christi. La de los *Penitentes grises*, en Avignon se inicia en 1226, con el fin de reparar los sacrilegios de los albigenses; y sin duda no es la primera» (Bertaud 1632). Con unos u otros nombres y modalidades, las Cofradías Eucarísticas se extienden ya a fin del siglo XIII por la mayor parte de Europa.

Estas Cofradías aseguran la adoración eucarística, la reparación por las ofensas y desprecios contra el Sacramento, el acompañamiento del Santísimo cuando es llevado a los enfermos o en procesión, el cuidado de los altares y capillas del Santísimo, etc.

Todas estas hermandades, centradas en la Eucaristía, son agregadas en una archicofradía del Santísimo Sacramento por Paulo III en la Bula *Dominus noster Jesus Christus*, en 1539, y tienen un influjo muy grande y benéfico en la vida espiritual del pueblo cristiano. Algunas, como la *Compañía del Santísimo Sacramento*, fundada en París en 1630, llegaron a formar escuelas completas de vida espiritual para los laicos.

Su fundador fue el Duque de Ventadour, casado con María Luisa de Luxemburgo. En 1629, ella ingresa en el Carmelo y él toma el camino del sacerdocio (E. Levesque, *DSP* II, 1301-1305).

Las Asociaciones y Obras eucarísticas se multiplican en los últimos siglos: la *Guardia de Honor*, la *Hora Santa*, los *Jueves sacerdotales*, la *Cruzada eucarística*, etc.

Atención especial merece hoy, por su difusión casi universal en la Iglesia Católica, la *Adoración Nocturna*. Aunque tiene varios precedentes, como más tarde veremos, en su forma actual procede de la asociación iniciada en París por Hermann Cohen el 6 de diciembre de 1848, hace, pues, ciento cincuenta años.

La piedad eucarística en el pueblo católico

Los últimos ocho siglos de la historia de la Iglesia suponen en los fieles católicos un *crescendo* notable en la devo-

ción a Cristo, presente en la Eucaristía.

En efecto, a partir del siglo XIII, como hemos visto, la devoción al Sacramento se va difundiendo más y más en el pueblo cristiano, haciéndose una parte integrante de la piedad católica común. Los predicadores, los párrocos en sus comunidades, las Cofradías del Santísimo Sacramento, impulsan con fuerza ese desarrollo devocional.

En el crecimiento de la piedad eucarística tiene también una gran importancia la doctrina del concilio de Trento sobre la veneración debida al Sacramento (*Dz* 882. 878. 888/1649. 1643-1644. 1656). Por ella se renuevan devociones antiguas y se impulsan otras nuevas.

La adoración eucarística de *las Cuarenta horas*, por ejemplo, tiene su origen en Roma, en el siglo XIII. Esta costumbre, marcada desde su inicio por un sentido de expiación por el pecado —cuarenta horas permanece Cristo en el sepulcro—, recibe en Milán durante el siglo XVI un gran impulso a través de San Antonio María Zaccaria (+1539) y de San Carlos Borromeo después (+1584). Clemente VIII, en 1592, fija las normas para su realización. Y Urbano VIII (+1644) extiende esta práctica a toda la Iglesia.

La *procesión eucarística de «la Minerva»*, que solía realizarse en las parroquias los terceros domingos de cada mes, procede de la iglesia romana de *Santa Maria sopra Minerva*.

Las devociones eucarísticas, que hemos visto nacer en centro Europa, arraigan de modo muy especial en España, donde adquieren expresiones de gran riqueza estética y popular, como los *seises* de Sevilla o el *Corpus* famoso de Toledo. Y de España pasan a Hispanoamérica, donde reciben formas extre-

madamente variadas y originales, tanto en el arte como en el folclore religioso: capillas barrocas del Santísimo, procesiones festivas, exposiciones monumentales, bailes y cantos, poesías y obras de teatro en honor de la Eucaristía.

El culto a la Eucaristía fuera de la Misa llega, en fin, a integrar la piedad común del pueblo cristiano. Muchos fieles practican diariamente *la visita al Santísimo*. En las parroquias, con el rosario, viene a ser común la *Hora santa*, la exposición del Santísimo diaria o semanal, por ejemplo, en los Jueves eucarísticos.

El arraigo devocional de las visitas al Santísimo puede comprobarse por la abundantísima literatura piadosa que ocasiona. Por ejemplo, entre los primeros escritos de san Alfonso María de Liguori (+1787) está *Visite al SS. Sacramento e a Maria SS.ma*, de 1745. En vida del santo este librito alcanza 80 ediciones y es traducido a casi todas las lenguas europeas. Posteriormente ha tenido más de 2.000 ediciones y reimpressiones.

En los siglos modernos, hasta hoy, la piedad eucarística cumple una función providencial de la máxima importancia: confirmando diariamente la fe de los católicos en la amorosa presencia real de Jesús resucitado, les sirve de ayuda decisiva para vencer la frialdad del jansenismo, las tentaciones deístas de un iluminismo desencarnado o la actual horizontalidad inmanentista de un secularismo generalizado.

Congregaciones religiosas

Institutos especialmente centrados en la veneración de la Eucaristía hay muy antiguos, como los *monjes blancos* o

hermanos del Santo Sacramento, fundados en 1328 por el cisterciense Andrés de Paolo. Pero estas fundaciones se producen sobre todo a partir del siglo XVII, y llegan a su mayor número en el siglo XIX.

«No es exagerado decir que el conjunto de las congregaciones fundadas en el siglo XIX —adoratrices, educadoras o misioneras— profesa un culto especial a la Eucaristía: adoración perpetua, largas horas de adoración común o individual, ejercicios de devoción ante el Santísimo Sacramento expuesto, etc.» (Bertaud 1633).

Recordaremos aquí únicamente, a modo de ejemplo, a los *Sacerdotes* y a las *Siervas del Santísimo Sacramento*, fundados por san Pedro-Julián Eymard (+1868) en 1856 y 1858, dedicados al apostolado eucarístico y a la adoración perpetua. Y a las *Adoratrices, siervas del Santísimo Sacramento y de la caridad*, fundadas en 1859 por santa Micaela María del Santísimo Sacramento (+1865), que escribe en una ocasión:

«Estando en la guardia del Santísimo... me hizo ver el Señor las grandes y especiales gracias que desde los Sagrarios derrama sobre la tierra, y además sobre cada individuo, según la disposición de cada uno... y como que las despide de Sí en favor de los que las buscan» (*Autobiografía* 36,9).

Es en estos años, en 1848, como ya vimos, cuando Hermann Cohen inicia en París la *Adoración Nocturna*.

En el siglo XX son también muchos los institutos que nacen con una acentuada devoción eucarística. En España, por ejemplo, podemos recordar los fundados por el venerable Manuel

González, obispo (1887-1940): las *Mariás de los Sagrarios*, las *Misioneras eucarísticas de Nazaret*, etc. En Francia, los *Hermanitos y Hermanitas de Jesús*, derivados de Charles de Foucauld (1858-1916) y de René Voillaume. También las *Misioneras de la Caridad*, fundadas por la madre Teresa de Calcuta, se caracterizan por la profundidad de su piedad eucarística. En éstos y en otros muchos institutos, la Misa y la adoración del Santísimo forman el centro vivificante de cada día.

Congresos eucarísticos

Émile Tamisier (1843-1910), siendo novicia, deja las Siervas del Santísimo Sacramento para promover en el siglo la devoción eucarística. Lo intenta primero en forma de peregrinaciones, y más tarde en la de congresos. Éstos serán diocesanos, regionales o internacionales. El primer congreso eucarístico internacional se celebra en Lille en 1881, y desde entonces se han seguido celebrando ininterrumpidamente hasta nuestros días.

La piedad eucarística en otras confesiones cristianas

Ya hemos aludido a algunas posiciones antieucarísticas producidas entre los siglos IX y XIII. Pues bien, en la primera mitad del siglo XVI resurge la cuestión con *los protestantes* y por eso el concilio de Trento, en 1551, se ve obligado a reafirmar la fe católica frente a ellos, que la niegan:

«Si alguno dijere que, acabada la consagración de la Eucaristía, no se debe adorar con culto de latría, aun externo, a Cristo, unigénito Hijo de Dios, y que por tanto no

se le debe venerar con peculiar celebración de fiesta, ni llevándosele solemnemente en procesión, según laudable y universal rito y costumbre de la santa Iglesia, o que no debe ser públicamente expuesto para ser adorado, y que sus adoradores son ídólatras, sea anatema» (Dz 888/1656).

El *anglicanismo*, sin embargo, reconoce en sus comienzos la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Y aunque pronto sufre en este tema influjos luteranos y calvinistas, conserva siempre más o menos, especialmente en su tendencia tradicional, un cierto culto de adoración (Bertaud 1635). El acuerdo anglicano-católico sobre la teología eucarística, de septiembre de 1971, es un testimonio de esta proximidad doctrinal («Phase» 12, 1972, 310-315). En todo caso, el mundo protestante actual, en su conjunto, sigue rechazando el culto eucarístico.

En nuestro tiempo, estas posiciones protestantes han afectado a una buena parte de los llamados *católicos progresistas*, haciendo necesaria la encíclica *Mysterium fidei* (1965) de Pablo VI:

En referencia a la Eucaristía, no se puede «insistir tanto en la naturaleza del signo sacramental como si el simbolismo, que ciertamente todos admiten en la sagrada Eucaristía, expresase exhaustivamente el modo de la presencia de Cristo en este sacramento. Ni se puede tampoco discutir sobre el misterio de la transustanciación sin referirse a la admirable conversión de toda la sustancia del pan en el cuerpo de Cristo y de toda la sustancia del vino en su sangre, conversión de la que habla el concilio de Trento, de modo que se limitan ellos tan sólo a lo que llaman *transignificación y transfinalización*. Como tampoco se puede proponer y aceptar la opinión de que en las hostias consagradas, que quedan después

de celebrado el santo sacrificio, ya no se halla presente nuestro Señor Jesucristo» (4).

Las Iglesias de Oriente, en fin, todas ellas, promueven en sus liturgias un sentido muy profundo de adoración de Cristo en la misma celebración del Misterio sagrado. Pero fuera de la Misa, el culto eucarístico no ha sido asumido por las Iglesias orientales separadas de Roma, que permanecen fijas en lo que fueron usos universales durante el primer milenio cristiano. Sí en cambio por las Iglesias orientales que viven la comunión católica (+*Mysterium fidei* 41). En ellas, incluso, hay también institutos religiosos especialmente destinados a esta devoción, como las *Hermanas eucarísticas* de Salónica (Bertaud 1634-1635).

2

Doctrina espiritual

Maestros espirituales de la devoción a la Eucaristía

El más grande teólogo de la devoción a la Eucaristía es *santo Tomás de Aquino* (1224-1274). Según datos históricos exactos, sabemos que santo Tomás era en su comunidad dominica «el primero en levantarse por la noche, e iba a postrarse ante el Santísimo Sacramento. Y cuando tocaban a maiti-

nes, antes de que formasen fila los religiosos para ir a coro, se volvía sigilosamente a su celda para que nadie lo notase. *El Santísimo Sacramento era su devoción predilecta*. Celebraba todos los días, a primera hora de la mañana, y luego oía otra misa o dos, a las que servía con frecuencia» (S. Ramírez, *Suma Teológica*, BAC 29, 1957, 57*).

Él compuso, por encargo del Papa, el maravilloso texto litúrgico del Oficio del Corpus: *Pange lingua, Sacris solemniis, Lauda Sion*, etc (+Sisto Terán, *Santo Tomás, poeta del Santísimo Sacramento*, Univ. Católica, Tucumán 1979). La tradición iconográfica suele representarle con el sol de la Eucaristía en el pecho. Un cuadro de Rubens, en el Prado, «la procesión del Santísimo Sacramento», presenta, entre varios santos, a santa Clara con la custodia, y junto a ella a santo Tomás, explicándole el Misterio. Sobre la tumba de éste, en Toulouse, en la iglesia de san Fermín, una estatua le representa teniendo en la mano derecha el Santísimo Sacramento.

Desde el siglo XIII, los grandes maestros espirituales han enseñado siempre la relación profunda que existe entre la Eucaristía —celebrada y adorada— y la configuración progresiva a Jesucristo. Recordaremos sólo a algunos.

Guiard de Laon, el *doctor eucarístico*, relacionado con Juliana de Mont-Cornillon y el movimiento eucarístico de Lieja, publica hacia 1222 *De XII fructibus venerabilis sacramenti*. San Buenaventura (+1274) expresa su franciscana devoción eucarística en *De sanctissimo corpore Christi*, partiendo de los seis grandes símbolos eucarísticos anticipados en el Antiguo Testamento. El franciscano Roger Bacon (+1294), la terciaria franciscana santa Ángela de Foligno (+1309), los dominicos Jean Taulero (+1361) y Enrique Suso (+1365), el canciller de la universidad de

París, Jean Gerson (+1429), Dionisio el cartujano, el *doctor extático* (+1471), se distinguen también por la centralidad de la devoción eucarística en su espiritualidad. La *Devotio moderna*, tan importante en la espiritualidad de los siglos XIV y XV, es también netamente eucarística. Podemos comprobarlo, por ejemplo, en el libro IV de la *Imitación de Cristo*, *De Sacramento Corporis Christi*.

Esta relación de maestros espirituales acentuadamente eucarísticos podría alargarse hasta nuestro tiempo. Pero aquí sólo haremos mención especial de algunos santos de los últimos siglos.

En el XVI, pocos hacen tanto por difundir entre el pueblo cristiano el amor al Sacramento como *san Ignacio de Loyola* (1491-1556). En seguida de su conversión, estando en Manresa (1522-1523), en la Misa, «alzándose el Corpus Domini, vio con los ojos interiores... vio con el entendimiento claramente cómo estaba en aquel Santísimo Sacramento Jesucristo nuestro Señor» (*Autobiografía*, 29).

Recordemos también las visiones que tiene de la divina Trinidad, con tantas lágrimas, en la celebración de la Misa, y «acabando la Misa», al «hacer oración al Corpus Domini», estando en el «lugar del Santísimo Sacramento» (*Diario espiritual* 34: 6-III-1544).

No es extraño, pues, que san Ignacio fomentara tanto en el pueblo la devoción a la Eucaristía. Así lo hizo, concretamente, con sus paisanos de Azpeitia. En efecto, cuando Paulo III, en 1539, aprueba con Bula la Cofradía del Santísimo Sacramento fundada por el dominico Tomás de Stella en la iglesia dominicana de la Minerva, San Ignacio se apresura a comunicar esta gracia a los de Azpeitia, y en 1540 les escribe: «ofreciéndose una gran obra, que Dios N.

S. ha hecho por un fraile dominico, nuestro muy grande amigo y conocido de muchos años, es a saber, en honor y favor del santísimo Sacramento, determiné de consolar y visitar vuestras ánimas *in Spiritu Sancto* con esa Bula que el señor bachiller [Antonio Araoz] lleva» (VIII/IX-1540). Los jesuitas, fieles a este carisma original, serán después unos de los mayores difusores de la piedad eucarística, por las *Congregaciones Marianas* y por muchos otros medios, como el *Apostolado de la Oración*.

Santa Teresa de Jesús (1515-1582), en el mismo siglo, tiene también una vida espiritual muy centrada en el Santísimo Sacramento. Ella, que tenía especial devoción a la fiesta del Corpus (*Vida* 30,11), refiere que en medio de sus tentaciones, cansancios y angustias, «algunas veces, y casi de ordinario, al menos lo más continuo, en acabando de comulgar descansaba; y aun algunas, en llegando a el Sacramento, luego a la hora quedaba tan buena, alma y cuerpo, que yo me espanto» (30,14).

Confiesa con frecuencia su asombro enamorado ante la Majestad infinita de Dios, hecha presente en la humildad indecible de una hostia pequeña: «y muchas veces quiere el Señor que le vea en la Hostia» (38,19). «Harta misericordia nos hace a todos, que quiere entienda [el alma] que es El el que está en el Santísimo Sacramento» (*Camino Esc.* 61,10).

La Eucaristía, para el alma y para el cuerpo, es *el pan y la medicina* de Teresa: «¿pensáis que no es mantenimiento aun para estos cuerpos este santísimo Manjar, y gran medicina aun para los males corporales? Yo sé que lo es» (*Camino Vall.* 34,7; +el pan nuestro de

cada día: 33-34).

Ella se conmueve ante la palabra inefable del Cantar de los Cantares, «bésame con beso de tu boca» (1,1): «¡Oh Señor mío y Dios mío, y qué palabra ésta, para que la diga un gusano de su Criador!». Pero la ve cumplida asombrosamente en la Eucaristía: «¿Qué nos espanta? ¿No es de admirar más la obra? ¿No nos llegamos al Santísimo Sacramento?» (*Conceptos del Amor de Dios* 1,10). La comunión eucarística es un abrazo inmenso que nos da el Señor.

Para santa Teresa, fundar un Carmelo es ante todo encender la llama de un nuevo Sagrario. Y esto es lo que más le conforta en sus abrumadores trabajos de fundadora:

«para mí es grandísimo consuelo ver una iglesia más adonde haya Santísimo Sacramento» (*Fundaciones* 3,10). «Nunca dejé fundación por miedo de trabajo, considerando que en aquella casa se había de alabar al Señor y haber Santísimo Sacramento... No lo advertimos estar Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, como está, en el Santísimo Sacramento en muchas partes, grande consuelo nos había de ser» (18,5). Hecha la fundación, la inauguración del Sagrario es su máximo premio y gozo: «fue para mí como estar en una gloria ver poner el Santísimo Sacramento» (36,6).

Por otra parte, Teresa sufre y se angustia a causa de las ofensas inferidas al Sacramento. Nada le duele tanto.

Mucho hemos de rezar y ofrecer para que «no vaya adelante tan grandísimo mal y desacatos como se hacen en los lugares adonde estaba este Santísimo Sacramento entre estos luteranos, deshechas las iglesias, perdidos tantos sacerdotes, quitados los sacramentos» (*Camino Perf.* Vall. 35,3)... «parece que le quieren ya tornar a echar del mundo» (*ib.* Esc. 62,63; +58,2).

Pero aún le horrorizan más a Teresa las ofensas a la Eucaristía que proceden de los malos cristianos: «Tengo por cierto habrá muchas personas que se llegan al Santísimo Sacramento –y plega al Señor yo mientras– con pecados mortales graves» (*Conceptos Amor de Dios* 1,11).

En la España de ese tiempo, la devoción eucarística está ya plenamente arraigada en el pueblo cristiano. *San Juan de Ribera* (1532-1611), obispo de Valencia, en una carta a los sacerdotes les escribe:

«Oímos con mucho consuelo lo que muchos de vosotros me han escrito, afirmándose que está muy introducida la costumbre de saludarse unas personas a otras diciendo: *Alabado sea el Santísimo Sacramento*. Esto mismo deseo que se observe en todo nuestro arzobispado» (28-II-1609).

En Francia, en el siglo XVII, las más altas revelaciones privadas que recibió *santa Margarita María de Alacoque* (1647-1690), religiosa de la Visitación, acerca del Sagrado Corazón se produjeron estando ella en adoración del Santísimo expuesto.

Y como ella misma refiere, esa devoción inmensa a la Eucaristía la tenía ya de joven, antes de entrar religiosa, cuando todavía vivía al servicio de personas que le eran hostiles: «ante el Santísimo Sacramento me encontraba tan absorta que jamás sentía cansancio. Hubiera pasado allí los días enteros con sus noches sin beber, ni comer y sin saber lo que hacía, si no era consumirme en su presencia, como un cirio ardiendo, para devolverle amor por amor. No me podía quedar en el fondo de la iglesia, y por confusión que sintiese de mí misma, no dejaba de acercarme cuanto pudiera al Santísimo Sacramento» (*Autobiografía* 13).

De hecho, la devoción al Corazón de Jesús, desde sus mismos inicios, ha

sido siempre acentuadamente eucarística, y por causas muy profundas, como subraya el Magisterio (+Pío XII, 1946, *Haurietis aquas*, 20, 35; Pablo VI, cta. apost. *Investigabiles divitias* 6-II-1965).

En el siglo siguiente, en el XVIII, podemos recordar la gran devoción eucarística de *san Pablo de la Cruz* (+1775), el fundador de los *Pasionistas*. Él, como declara en su *Diario espiritual*, «de-seaba morir mártir, yendo allí donde se niega el adorabilísimo misterio del Santísimo Sacramento» (26-XII-1720). Captaba en la Eucaristía de tal modo la majestad y santidad de Cristo, que apenas le era posible a veces mantenerse en la iglesia:

«decía yo a los ángeles que asisten al adorabilísimo Misterio que me arrojasen fuera de la iglesia, pues yo soy peor que un demonio. Sin embargo, la confianza en mi Esposo sacramentado no se me quita: le decía que se acuerde de lo que me ha dejado en el santo Evangelio, esto es, que no ha venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (*Diario* 5-XII-1720).

En cuanto al siglo XIX, recordemos al *santo Cura de Ars* (1786-1859). Juan XXIII, en la encíclica *Sacerdotii Nostrae primordia*, de 1959, en el centenario del santo, hace un extenso elogio de esa devoción:

«La oración del Cura de Ars que pasó, digámoslo así, los últimos treinta años de su vida en su iglesia, donde le retenían sus innumerables penitentes, era sobre todo una oración eucarística. Su devoción a nuestro Señor, presente en el Santísimo Sacramento, era verdaderamente extraordinaria: *Alli está*, solía decir» (16).

Otro gran modelo de piedad eucarística en ese mismo siglo es *san Antonio*

María Claret (1807-1870), fundador de los *Misioneros del Inmaculado Corazón de María*, los claretianos. En su *Autobiografía* refiere: cuando era niño, «las funciones que más me gustaban eran las del Santísimo Sacramento» (37). Su iconografía propia le representa a veces con una Hostia en el pecho, como si él fuera una custodia viviente.

Esto es a causa de un prodigio que él mismo refiere en su *Autobiografía*: el 26 de agosto de 1861, «a las 7 de la tarde, el Señor me concedió la gracia grande de la conservación de las especies sacramentales, y tener siempre, día y noche, el Santísimo Sacramento en el pecho» (694). Gracia singularísima, de la que él mismo no estaba seguro, hasta que el mismo Cristo se la confirma el 16 de mayo de 1862, de madrugada: «en la Misa, me ha dicho Jesucristo que me había concedido esta gracia de permanecer en mi interior sacramentalmente» (700). El Señor, por otra parte, le hace ver que una de las devociones fundamentales para atajar los males que amenazan a España es la devoción al Santísimo Sacramento (695).

Frutos de la piedad eucarística

El desarrollo de la piedad eucarística ha producido en la Iglesia inmensos frutos espirituales. Los ha producido *en la vida interior y mística* de todos los santos; por citar algunos: Juan de Ávila, Teresa, Ignacio, Pascual Bailón, María de la Encarnación, Margarita María, Pablo de la Cruz, Eymard, Micaela, Antonio María Claret, Foucauld, Teresa de Calcuta, etc. Ellos, con todo el pueblo cristiano, contemplando a Jesús en la Eucaristía, han experimentado qué verdad es lo que dice la Escritura: «contemplad al Señor y quedaréis radiantes» (Sal 33,6).

Pero la devoción eucarística ha producido también *otros maravillosos frutos*, que se dan en la suscitación de vocaciones sacerdotales y religiosas, en la educación cristiana de los niños, en la piedad de los laicos y de las familias, en la promoción de obras apostólicas o asistenciales, y en todos los otros campos de la vida cristiana. Es, pues, una espiritualidad de inmensa fecundidad. «Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7,20).

Hoy, por ejemplo, en Francia, los movimientos laicales con más vitalidad, y aquellos que más vocaciones sacerdotales y religiosas suscitan, como *Emmanuel*, se caracterizan por su profunda piedad eucarística.

En las *Comunidades de las Bienaventuranzas*, concretamente, compuestas en su mayor parte por laicos, se practica la adoración continua todo el día. Iniciadas hacia 1975, reúnen hoy unos 1.200 miembros en unas 70 comunidades, que están distribuidas por todo el mundo. Y recordemos también la *Orden de los laicos consagrados* (Angot, *Las casas de adoración*).

¿Deficiencias en la piedad eucarística?

La sagrada Eucaristía es en la Iglesia el misterio más grandioso, es el misterio por excelencia: *mysterium fidei*. Excede absolutamente la capacidad intelectual de los teólogos, que balbucean cuando intentan explicaciones conceptuales. Y también es inefable para los más altos místicos, que se abisman en su luz transformante.

No es, pues, extraño que, al paso de los siglos, las devociones eucarísticas hayan incurrido a veces en acentua-

ciones o visiones parciales, que no alcanzan a abarcar armoniosamente toda la plenitud del misterio. No se trata en esto de errores doctrinales, pero sí de costumbres piadosas que expresan y que inducen acentuaciones excesivamente parciales del misterio inmenso de la Eucaristía. Escribe acerca de esto Pere Tena:

«El Espíritu de verdad os guiará hasta la verdad completa» (Jn 16,13)... Desde la primitiva comunidad de Jerusalén, que partía el pan por las casas y tomaba alimento con alegría y simplicidad de corazón (Hch 2,46), hasta la solemne misa conclusiva de un Congreso Eucarístico internacional, pasando por las asambleas dominicales de las parroquias y por las prolongadas adoraciones eucarísticas de las comunidades religiosas especialmente dedicadas a ello, la realidad de la Eucaristía se ha visto constantemente profundizada, y continúa siendo fuente renovada de vigor cristiano.

«Esto no significa que en todo momento haya habido, o haya en la actualidad incluso, una armonía perfecta de los diversos aspectos (...) Un aspecto legítimo de la Eucaristía puede, en determinadas circunstancias espirituales, adquirir tal intensidad y tal valoración unilateral, que llegue casi a relegar a un segundo plano los aspectos más fundamentales y fontales del misterio. Pero estas desviaciones de atención no niegan el valor de acentuación que tal aspecto concreto representa para la comprensión de la Eucaristía, ni pueden ser relegados al olvido tales aspectos en la práctica histórica de la comunidad eclesial, una vez han entrado a formar parte del patrimonio de las expresiones de la fe cristiana» (205-206).

Es una trampa dialéctica, en la que ciertamente no pensamos caer, decir: «cuanto más se centren los fieles en el Sacramento, menos valorarán el Sacrificio»; «cuanto más capten la presen-

cia de Cristo en la Eucaristía, menos lo verán en la Palabra divina o en los pobres»; etc. Un san Luis María Grignon de Montfort, por ejemplo, ya conoció ampliamente este tipo de falsas contraponiciones —«a mayor devoción a María, menos devoción a Jesús»—, y las refutó con gran fuerza.

No. En la teoría y también en la práctica, es decir, de suyo y en la inmensa mayoría de los casos, «a más amor a la Virgen, más amor a Cristo», «donde hay mayor devoción al Sacramento, hay más y mejor participación en el Sacrificio», «a más captación de la presencia de Cristo en la Eucaristía, mayor facilidad para reconocerlo en la Palabra divina o en los pobres».

¿Cómo puede contraponerse en serio, concretamente, devoción a Cristo en la Eucaristía y devoción servicial a los pobres? ¿Qué dirían de tal aberración Micaela del Santísimo Sacramento, Charles de Foucauld o Teresa de Calcuta?... Son trampas dialécticas sin fundamento alguno doctrinal o práctico. Pablo VI, por el contrario, afirma que «el culto de la divina Eucaristía mueve muy fuertemente el ánimo a cultivar el amor *social*», y explica cómo y por qué (*Mysterium fidei* 38).

Siempre se ha entendido así. El artículo 15 de los Estatutos de la *Compañía del Santísimo Sacramento*, fundada en Francia el 1630, dispone que «el objeto de la caridad de los hermanos serán los hospitales, prisiones, enfermos, pobres vergonzantes, todos aquellos que están necesitados de ayuda», etc. (*DSP* II/2, 1302).

El venerable Alberto Capellán (1888-1965), labrador, padre de ocho hijos, miembro de la Adoración Nocturna, en la que pasa 660 noches ante el Santísimo, escribe:

«Dios me encomendó la misión de recoger a los pobres por la noche». Hace un refugio, y desde 1928 hasta su muerte acoge a pobres y les atiende personalmente (G. Capellán, *La lucha que hace grande al hombre. El venerable Alberto Capellán Zuazo*, c/ Ob. Fidel 1, 26004 Logroño, 1998).

La madre Teresa de Calcuta refiere en una ocasión: «En el Capítulo General que tuvimos en 1973, las hermanas [Misioneras de la Caridad] pidieron que la Adoración al Santísimo, que teníamos una vez por semana, pasáramos a tenerla *cada día*, a pesar del enorme trabajo que pesaba sobre ellas. Esta intensidad de oración ante el Santísimo ha aportado un gran cambio en nuestra Congregación. Hemos experimentado que nuestro amor por Jesús es más grande, nuestro amor de unas por otras es más comprensivo, nuestro amor por los pobres es más compasivo y nosotras tenemos el doble de vocaciones» («Reino de Cristo» I-1987).

Ahora bien, ¿significa todo eso que la devoción eucarística, al paso de los siglos, *de hecho*, no ha sufrido deficiencias o desviaciones? Por supuesto que las ha sufrido, y muchas, como todas las instituciones de la Iglesia. Pero ¿el monacato, la educación católica, las misiones, la misma celebración de la Misa, el clero diocesano, la familia cristiana, no han sufrido deficiencias y desviaciones muy graves en el curso de los siglos? «El que de vosotros esté sin pecado, arroje la piedra el primero» contra la piedad eucarística (Jn 8,7).

El monacato, por ejemplo, ha conocido en su historia desviaciones o deficiencias muy considerables. En la historia del monacato ha habido ascetismos asilvestrados, vagancias ignorantes, erudiciones sin virtud, semipelagianismos furibundos, condenaciones maniqueas de la vida seglar, romanticismos del claustro y del desierto, etc. Pero no por eso dejamos de conside-

rar la vida monástica como una forma maravillosa de realizar el Evangelio. Nada nos cuesta admitir que en esa forma de vida admirable han florecido santos de entre los más grandes de la Iglesia. Y no se nos ocurre decir de la vida monástica lo que alguno ha dicho de la piedad eucarística: que «aunque legítima, está fundada en una visión parcial del misterio» cristiano, por lo que «está expuesta a tambalearse por sí sola, si se pone en contraste con formas de vida cristiana más plenas», sobre todo cuando «se funda más en el sentimiento que en la razón». Por el contrario, nosotros decimos simplemente y con toda sinceridad que la vida monástica –aunque no ignoramos sus diversas deficiencias históricas– es una de las maneras más bellas y santificantes de vivir el Evangelio.

Hubo deficiencias

Pues bien, es evidente que en la historia de la devoción eucarística, según tiempos y lugares, se han dado desviaciones, acentuaciones excesivamente unilaterales, incluso errores y abusos, unas veces en las exposiciones doctrinales, otras en las costumbres prácticas. Y por eso ahora, al tratar aquí de la espiritualidad eucarística, es necesario que señalemos esas deficiencias, al menos las que estimamos más importantes.

En efecto, una acentuación parcial de la Presencia real eucarística ha llevado en ocasiones a devaluar otras modalidades de la presencia de Cristo en la Iglesia: en la Palabra, por ejemplo, o en los pobres o en la misma habitación.

Otras veces la devoción centrada en la Presencia real ha dejado en segundo plano aspectos fundamentales de la Eucaristía, entendida ésta, por ejemplo, como memorial de la pasión y de la re-

surrección de Cristo, como actualización del sacrificio de la redención, como signo y causa de la unidad de la Iglesia, etc.

Los fieles, entonces, más o menos conscientemente, consideran que la Misa se celebra ante todo y principalmente para *conseguir* esa presencia real de Jesucristo. Olvidando en buena medida que la Misa es ante todo el *memorial* del *Sacrificio* de la redención, «la Eucaristía se ha transformado en una epifanía, la venida del Señor, que aparece entre los hombres y les distribuye sus gracias. Y los hombres se han reunido en torno al altar para participar de estas gracias» (Jungmann I,157).

En esta perspectiva, no se relaciona adecuadamente la presencia real de Cristo y la celebración del sacrificio eucarístico, de donde tal presencia se deriva.

No siempre se ha entendido tampoco, como se entendía en la antigüedad, que la reserva de la Eucaristía se realiza principalmente para hacer posible fuera de la Misa la comunión de enfermos y ausentes.

Esto ha dado lugar, en ocasiones, a una multiplicación inconveniente de sagrarios en una misma casa, orientando así la reserva casi exclusivamente a la devoción.

En algunos tiempos y lugares la veneración a la Presencia real se ha estimado en forma tan prevalente que las Misas más solemnes se celebran ante el Santísimo expuesto (+Jungmann I,164).

Con relativa frecuencia, por otra parte, la solemnización sensible de la presencia real de Cristo en el Sacramento –cantos, órgano, número de cirios encendidos, uso del incienso– ha sido notablemente superior a la empleada en la

celebración misma del Sacrificio.

Y a veces, en lugar de exponer la sagrada Hostia sobre el altar, según la tradición primera, que expresa bien la unidad entre Sacrificio y Sacramento, se ha expuesto el Santísimo en ostensorios monumentales, muy distantes del altar y mucho más altos que éste.

Deficiencias del lenguaje piadoso

Otra cuestión, especialmente delicada, es la del lenguaje de la devoción a la Eucaristía. También aquí ha habido deficiencias considerables, sobre todo en la época barroca.

«¡Oh, Jesús Sacramentado, divino prisionero del Sagrario! Acudimos a Vos, que en el trono del sagrario te dignas recibir el rendimiento de nuestra pleitesía», etc.

No debemos ironizar, sin embargo, sobre estas efusiones eucarísticas piadosas, tan frecuentes en los libros de *Visitaciones al Santísimo* y de *Horas santas*. Son perfectamente legítimas, desde el punto de vista teológico. Merecen nuestro respeto y nuestro afecto. Han sido empleadas por muchos santos. Han servido para alimentar en innumerables cristianos un amor verdaderamente profundo a Jesucristo en la Eucaristía. Y más que expresiones *inexactas*, son simplemente *obsoletas*.

Por lo demás, los cristianos de hoy, en lo referente a la devoción eucarística, no estamos en condiciones de mirar por encima del hombro a nuestros antepasados. Al atardecer de nuestra vida, vamos a ser *juzgados en el amor*, más bien que por la calidad estética y teológica de nuestras fórmulas verbales o de nuestros signos expresivos.

Pero tampoco debemos ignorar que, no pocas veces hoy, la sensibilidad de

los cristianos, por grande que sea su amor a la Eucaristía, suele encontrarse muy distante de esas expresiones de piedad. Hoy, quizá, el sentimiento religioso, al menos en ciertas cuestiones, está bastante más próximo a la Antigüedad patristica y a la Edad Media o al Renacimiento, que al Barroco o al Romanticismo. También en las devociones eucarísticas.

Recordemos, por ejemplo, la ternura tan elegante de la devoción franciscana hacia el Misterio eucarístico. Recordemos el temple bíblico y litúrgico, así como la profundidad teológica y la altura mística de las oraciones eucarísticas de santo Tomás o de santa Catalina de Siena... Por eso, entre los autores del siglo XX, las expresiones devocionales de mayor calidad teológica y estética hacia la Eucaristía las hallamos justamente en aquellos autores, como los benedictinos Dom Marmion o Dom Vonier, que están más vinculados a la inspiración bíblica y litúrgica, y a la tradición teológica y mística de la Edad Media.

Deficiencias históricas

Pero, volviendo a la cuestión central, todas éstas son *deficiencias históricas* — que en seguida veremos corregidas por la renovación litúrgica moderna—, y en modo alguno nos llevan a pensar que *la piedad eucarística es en sí misma deficiente*. Alguno, sin embargo, arrojándose la representación del movimiento litúrgico, se expresa como si lo fuera:

«El movimiento litúrgico ha reconocido que [la piedad eucarística] se trata de una piedad *legítima, fundada empero en una visión parcial del misterio de la eucaristía*; por esto mismo dicha piedad *está expuesta por sí sola a tambalearse* cuando se la contrasta con cualquier forma de es-

piritualidad que ofrezca una visión completa del misterio de Cristo, del mismo modo que están expuestas a perder actualidad otras devociones que tengan una *visión parcial* de la historia de la salvación, sobre todo las que *se fundan más en el sentimiento que en la razón* [sic; querrá decir *que en la fe*]» (subrayados nuestros).

¿Cómo se puede decir que la devoción eucarística, la devoción predilecta de Francisco y Clara, de Tomás e Ignacio, de Margarita María, de Antonio María, de Foucauld o de Teresa de Calcuta, la mil veces aprobada y recomendada por el Magisterio apostólico, la piedad tan hondamente vivida por el pueblo cristiano en los últimos ocho siglos, está fundada en una *visión parcial* del misterio de la fe, se apoya más en *el sentimiento* que en la fe, y en sí misma *se tambalea*? Y por otra parte, ¿qué fin cauteloso se pretende al declarar *legítima* una devoción que se juzga de tan mala calidad?

Renovación actual de la piedad eucarística

El movimiento litúrgico y el Magisterio apostólico, por obra como siempre del Espíritu Santo, al profundizar más y más en la realidad misteriosa de la Eucaristía, han renovado maravillosamente la doctrina y la disciplina del culto eucarístico.

Por lo que al Magisterio se refiere, los documentos más importantes sobre el tema han sido la encíclica de Pío XII *Mediator Dei* (1947), la constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* (1963), la encíclica de Pablo VI *Mysterium fidei* (1965), muy especialmente la instrucción *Eucharisticum mysterium* (1967) y el *Ritual para la sagrada comunión y el culto a la Eu-*

caristía fuera de la Misa, publicado en castellano en 1974. Y la exhortación apostólica de Juan Pablo II, *Dominicæ Cenæ* (1980). La devoción y el culto a la Eucaristía, en fin, es recomendada a todos los fieles en el *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992: 1378-1381).

Diversas modalidades de la presencia de Cristo en su Iglesia

El concilio Vaticano II, en su constitución sobre la liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, da una enseñanza de suma importancia para la espiritualidad cristiana:

«Cristo está siempre presente a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz” [Trento], sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza [S. Agustín]. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: “donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20)» (7).

Pablo VI, en su encíclica *Mysterium fidei*, hace una enumeración semejante de los modos de la presencia de Cristo, añadiendo: está presente a su Iglesia «que ejerce las obras de misericordia», a su Iglesia «que predica», «que rige y gobierna al pueblo de Dios» (19-20). Y finalmente dice:

«Pero es muy distinto el modo, verdaderamente sublime, con el que Cristo está presente a su Iglesia en el sacra-

mento de la Eucaristía... Tal presencia se llama *real* no por exclusión, como si las otras no fueran *reales*, sino por antonomasia, porque es también corporal y *sustancial*, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro» (21-22; +*Ritual* 6).

Y aún se podría hablar de otros modos *reales* de la presencia. La inhabitación de Cristo en el justo que le ama es real, según Él mismo lo dice: «si alguno me ama... vendremos a él, y en él haremos morada» (Jn 14,23).

En cuanto a la presencia de Cristo en los pobres, fácilmente se aprecia que es de otro orden. Tanto les ama, que nos dice: «lo que les hagáis, a mí me lo hacéis» (+Mt 25,34-46). En un pobre, sin embargo, que no ama a Cristo, no se da, sin duda, esa presencia real de inhabitación.

Pues bien, la configuración de una espiritualidad cristiana concreta se deriva principalmente de su modo de captar las diversas maneras de la presencia de Cristo. Desde luego, toda espiritualidad cristiana ha de *creer* y ha de *vivir* con verdadera devoción *todos los modos* de la presencia de Cristo. Pero es evidente que cada espiritualidad concreta tiene su estilo propio en la captación de esas presencias. Hay espiritualidades más o menos sensibles a la presencia de Cristo en la Escritura, en la Eucaristía, en la inhabitación, en los sacramentos, en los pobres, etc. Ahora bien, si la presencia de Cristo *por antonomasia* está en la Eucaristía, toda espiritualidad cristiana, con uno u otro acento, deberá poner en ella *el centro* de su devoción.

El fundamento primero de la adoración

La Iglesia *cree* y confiesa que «en el augustísimo sacramento de la Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino, se contiene verdadera, real y substancialmente nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y hombre, bajo la apariencia de aquellas cosas sensibles» (Trento 1551: Dz 874/1636).

La divina Presencia real del Señor, éste es el fundamento primero de la devoción y del culto al Santísimo Sacramento. *Ahí está* Cristo, el Señor, Dios y hombre verdadero, mereciendo absolutamente nuestra adoración y suscitándola por la acción del Espíritu Santo. No está, pues, fundada la piedad eucarística en un puro sentimiento, sino precisamente en la fe. Otras devociones, quizá, suelen llevar en su ejercicio una mayor estimulación de los sentidos —por ejemplo, el servicio de caridad a los pobres—; pero la devoción eucarística, precisamente ella, se fundamenta muy exclusivamente en la fe, en la pura fe sobre el *Mysterium fidei* («*præstet fides supplementum sensuum defectui*»: que la fe conforte la debilidad del sentido; *Pange lingua*).

Por tanto, «este culto de adoración se apoya en una razón seria y sólida, ya que la Eucaristía es a la vez sacrificio y sacramento, y se distingue de los demás en que no sólo comunica la gracia, sino que encierra de un modo estable al mismo Autor de ella.

«Cuando la Iglesia nos manda adorar a Cristo, escondido bajo los velos eucarísticos, y pedirle los dones espirituales y temporales que en todo tiempo necesitamos, manifiesta *la viva fe* con que *cree* que su divino Esposo está bajo dichos velos, le

expresa su gratitud y goza de su íntima familiaridad» (*Mediator Dei* 164).

El culto eucarístico, ordenado a los cuatro fines del santo Sacrificio, es culto dirigido al glorioso Hijo encarnado, que vive y reina con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Es, pues, un culto que presenta a la santísima Trinidad la adoración que se le debe (+*Dominicæ Cenæ* 3).

Sacrificio y Sacramento

Puede decirse que «para ordenar y promover rectamente la piedad hacia el santísimo sacramento de la Eucaristía [lo más importante] es considerar el misterio eucarístico en toda su amplitud, tanto en la *celebración* de la Misa, como en *el culto* a las sagradas especies» (*Ritual* 4).

Juan Pablo II insiste en este aspecto: «No es lícito ni en el pensamiento, ni en la vida, ni en la acción quitar a este Sacramento, verdaderamente santísimo, su dimensión plena y su significado esencial. Es al mismo tiempo Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión, Sacramento-Presencia» (*Redemptor hominis* 20).

Ya Pío XII orienta en esta misma dirección su doctrina sobre la devoción eucarística (cf. *Discurso al Congreso internacional de pastoral litúrgica*, de Asís (A.A.S. 48, 1956, 771-725).

Esta doctrina ha sido central, concretamente, en la disciplina renovada del culto a la Eucaristía.

«Los fieles, cuando veneran a Cristo presente en el Sacramento, recuerden que esta presencia proviene del Sacrificio y se ordena al mismo tiempo a la comunión sacramental y espiritual» (*Ritual* 80).

Lógicamente, pues, «se prohíbe la celebración de la Misa durante el tiempo en que está expuesto el santísimo Sacramento en la misma nave de la iglesia» (ib. 83).

Esa íntima unión entre Sacrificio y Sacramento se expresa, por ejemplo, en el hecho de que, al final de la exposición, el ministro «tomando la custodia o el copón, hace en silencio la señal de la Cruz sobre el pueblo» (ib. 99). El *Corpus Christi* de la custodia es el mismo cuerpo ofrecido por nosotros en el sacrificio de la redención: el mismo cuerpo que ahora está resucitado y glorioso.

Devoción eucarística y comunión

La presencia eucarística de Cristo siempre «se ordena a la comunión sacramental y espiritual» (*Ritual* 80). En efecto, la Eucaristía como sacramento está intrínsecamente orientada hacia la comunión. Las mismas palabras de Cristo lo hacen entender así: «tomad, comed, esto es mi cuerpo, entregado por vosotros». Consiguientemente, la finalidad primera de la reserva es hacer posible, principalmente a los enfermos, la comunión fuera de la Misa. En el sagrario, como en la Misa, Cristo sigue siendo «el Pan vivo bajado del cielo».

En efecto, «*el fin primero y primordial* de la reserva de las sagradas especies fuera de la misa es la administración del Viático; *los fines secundarios* son la distribución de la comunión y la adoración de Nuestro Señor Jesucristo, presente en el Sacramento. Pues la reserva de las especies sagradas para los enfermos ha introducido la laudable costumbre de adorar este manjar del cielo conservado en las iglesias» (*Ritual* 5).

Según eso, en la Eucaristía, Cristo está *dándose*, está *entregándose* como pan vivo que el Padre celestial da a los

hombres. Y sólo podemos *recibirlo* en la fe y en el amor. Así es como, ante el sagrario, nos unimos a Él en comunión espiritual. En la adoración eucarística Él se entrega a nosotros y nosotros nos entregamos a Él. Y en la medida en que nos damos a Él, nos damos también a los hermanos.

«En la sagrada Eucaristía –dice el Vaticano II– se contiene todo el tesoro espiritual de la Iglesia, es decir, el mismo Cristo, nuestra Pascua y Pan vivo, que, mediante su carne vivificada y vivificante por el Espíritu Santo, da vida a los hombres, invitándolos así y estimulándolos a ofrecer sus trabajos, la creación entera y a sí mismos en unión con él» (*Presbiterorum ordinis* 5).

La adoración eucarística, por tanto, ha de tener siempre forma de comunión espiritual. Y según eso, «acuérden-se [los fieles] de prolongar por medio de la oración ante Cristo, el Señor, presente en el Sacramento, la unión con él conseguida en la Comunión, y renovar la alianza que les impulsa a mantener en sus costumbres y en su vida la que han recibido en la celebración eucarística por la fe y el Sacramento» (*Ritual* 81).

Adoración eucarística y vida espiritual

La piedad eucarística ha de marcar y configurar todas las dimensiones de la vida espiritual cristiana. Y esto ha de vivirse tanto en la devoción más interior como en la misma vida exterior.

En lo interior. «La piedad que impulsa a los fieles a adorar a la santa Eucaristía los lleva a participar más plenamente en el Misterio pascual y a responder con agradecimiento al don de aquel que, por medio de su humanidad,

infunde continuamente la vida en los miembros de su Cuerpo. Permaneciendo ante Cristo, el Señor, disfrutaban de su trato íntimo, le abren su corazón por sí mismos y por todos los suyos, y ruegan por la paz y la salvación del mundo. Ofreciendo con Cristo toda su vida al Padre en el Espíritu Santo, sacan de este trato admirable un aumento de su fe, su esperanza y su caridad. Así fomentan las disposiciones debidas que les permiten celebrar con la devoción conveniente el Memorial del Señor y recibir frecuentemente el pan que nos ha dado el Padre» (*Ritual* 80).

Disfrutan del *trato íntimo del Señor*. Efectivamente, éste es uno de los aspectos más preciosos de la devoción eucarística, uno de los más acentuados por los santos y los maestros espirituales, que a veces citan al respecto aquello del Apocalipsis: «mira que estoy a la puerta y llamo –dice el Señor–; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él, cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20).

En lo exterior, igualmente, toda la vida ordinaria de los adoradores debe estar sellada por el espíritu de la Eucaristía. «Procurarán, pues, que su vida discorra con alegría en la fortaleza de este alimento del cielo, participando en la muerte y resurrección del Señor. Así cada uno procure hacer buenas obras, agradar a Dios, trabajando por impregnar al mundo del espíritu cristiano, y también proponiéndose llegar a ser testigo de Cristo en todo momento en medio de la sociedad humana» (*Ritual* 81; +*Dominicæ Coenæ* 7).

Adoración y ofrenda personal

Adorando a Cristo en la Eucaristía, hagamos de nuestra vida «una ofrenda

permanente». Los fines del Sacrificio eucarístico, como es sabido, son principalmente cuatro: adoración de Dios, acción de gracias, expiación e impetración (*Trento*: Dz 940. 950/1743. 1753; +*Mediator Dei* 90-93). Pues bien, esos mismos fines de la Misa han de ser pretendidos igualmente en el culto eucarístico. Por él, como antes nos ha dicho el *Ritual*, los adoradores han de «ofrecer con Cristo toda su vida al Padre en el Espíritu Santo» (80). Pío XII lo explica bien:

«Aquello del Apóstol, “habéis de tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús” (Flp 2,5), exige a todos los cristianos que reproduzcan en sí mismos, en cuanto al hombre es posible, aquel sentimiento que tenía el divino Redentor cuando se ofrecía en sacrificio; es decir, que imiten su humildad y eleven a la suma Majestad divina la adoración, el honor, la alabanza y la acción de gracias. Exige, además, que de alguna manera adopten la condición de víctima, abnegándose a sí mismos según los preceptos del Evangelio, entregándose voluntaria y gustosamente a la penitencia, detestando y expiando cada uno sus propios pecados. Exige, en fin, que nos ofrezcamos a la muerte mística en la cruz, juntamente con Jesucristo, de modo que podamos decir como san Pablo: “estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo” (Gál 2,19)» (*Mediator Dei* 101).

Adoración y súplica

En el Evangelio vemos muchas veces que quienes se acercan a Cristo, reconociendo en él al Salvador de los hombres, *se postran* primero en adoración, y con la más humilde actitud, piden gracias para sí mismos o para otros.

La mujer cananea, por ejemplo, «acercán-

dose [a Jesús], se postró ante él, diciendo: ¡Señor, ayúdame!» (Mt 15,25). Y obtuvo la gracia pedida.

Los adoradores cristianos, con absoluta fe y confianza, piden al Salvador, presente en la Eucaristía, por sí mismos, por el mundo, por la Iglesia. En la presencia real del Señor de la gloria, le confían sus peticiones, sabiendo con certeza que «tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo, el Justo. Él es la víctima propiciatoria por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero» (1Jn 2,1-2).

En efecto, Jesús-Hostia es Jesús-Mediador. «Hay un solo Dios, y también un solo Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a Sí mismo como rescate por todos» (1Tim 2,5-6). Su Sacerdocio es eterno, y por eso «es perfecto su poder de salvar a los que por Él se acercan a Dios, y vive siempre para interceder por ellos» (Heb 7,24-25).

Adoremos a Cristo, presente en la Eucaristía

Al finalizar su estudio sobre *La presencia real de Cristo en la Eucaristía*, José Antonio Sayés escribe:

«La adoración, la alabanza y la acción de gracias están presentes sin duda en la trama misma de la “acción de gracias” que es la celebración eucarística y que en ella dirigimos al Padre por la mediación del sacrificio de su Hijo.

«Pero la adoración, que es el sentimiento profundo y desinteresado de reconocimiento y acción de gracias de toda criatura respecto de su Creador, quiere expresarse como tal y alabar y honrar a Dios no sólo porque en la celebración eucarística participamos y hacemos nuestro el sacrificio de Cristo como culmen de toda la historia de

salvación, sino por el simple hecho de que Dios *está presente* en el sacramento...

«Por otra parte, hemos de pensar que la Encarnación merece por sí sola ser reconocida con la contemplación de la gloria del Unigénito que procede del Padre (Jn 1,14)... La conciencia viva de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, prolongación sacramental de la Encarnación, ha permitido a la Iglesia seguir siendo fiel al misterio de la Encarnación en todas sus implicaciones y al misterio de la mediación salvífica del cuerpo de Cristo, por el que se asegura el realismo de nuestra participación sacramental en su sacrificio, se consuma la unidad de la Iglesia y se participa ya desde ahora en la gloria futura» (312-313).

Adoremos, pues, al mismo Cristo en el misterio de su máximo Sacramento. Adorémosle de todo corazón, en oración solitaria o en reuniones comunitarias, privada o públicamente, en formas simples o con toda solemnidad.

–*Adoremos a Cristo en el Sacrificio y en el Sacramento.* La adoración eucarística fuera de la Misa ha de ser, en efecto, *preparación y prolongación* de la adoración de Cristo en la misma celebración de la Eucaristía. Con razón hace notar Pere Tena:

«La adoración eucarística ha nacido en la celebración, aunque se haya desarrollado fuera de ella. Si se pierde el sentido de adoración en el interior de la celebración, difícilmente se encontrará justificación para pomoverla fuera de ella... Quizá esta consideración pueda ser interesante para revisar las celebraciones en las que los signos de referencia a una realidad transcendente casi se esfuman» (212).

–*Adoremos a Cristo, presente en la Eucaristía: exaltemos al humillado.* Es un deber glorioso e indiscutible, que los

fieles cristianos –cumpliendo la profecía del mismo Cristo– realizamos bajo la acción del Espíritu Santo: «él [el Espíritu Santo] me glorificará» (Jn 16,14).

En ocasión muy solemne, en el *Credo del Pueblo de Dios*, declara Pablo VI: «la única e indivisible existencia de Cristo, Señor glorioso en los cielos, no se multiplica, pero por el Sacramento se hace presente en los varios lugares del orbe de la tierra, donde se realiza el sacrificio eucarístico. La misma existencia, *después* de celebrado el sacrificio, permanece presente en el Santísimo Sacramento, el cual, en el tabernáculo del altar, es como el corazón vivo de nuestros templos. Por lo cual estamos obligados, por obligación ciertamente gratísima, a honrar y adorar en la Hostia Santa que nuestros ojos ven, al mismo Verbo encarnado que ellos no pueden ver, y que, sin embargo, se ha hecho presente delante de nosotros sin haber dejado los cielos» (n. 26).

–*Adorando a Cristo en la Eucaristía, bendigamos a la Santísima Trinidad*, como lo hacía el venerable Manuel González:

«Padre eterno, bendita sea la hora en que los labios de vuestro Hijo Unigénito se abrieron en la tierra para dejar salir estas palabras: “sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”. Padre, Hijo y Espíritu Santo, benditos seáis por cada uno de los segundos que está con nosotros el Corazón de Jesús en cada uno de los Sagrarios de la tierra. Bendito, bendito *Emmanuel*» (*Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario*, 37).

–*Adoremos a Cristo en exposiciones breves o prolongadas.* Respecto a las exposiciones más prolongadas, por ejemplo, las de Cuarenta Horas, el *Ritual* litúrgico de la Eucaristía dispone:

«en las iglesias en que se reserva habi-

tualmente la Eucaristía, se recomienda cada año una exposición solemne del santísimo Sacramento, prolongada durante algún tiempo, aunque no sea estrictamente continuado, a fin de que la comunidad local pueda meditar y orar más intensamente este misterio. Pero esta exposición, con el consentimiento del Ordinario del lugar, se hará sólo si se prevé una asistencia conveniente de fieles» (86).

«Póngase el copón o la custodia sobre la mesa del altar. Pero si la exposición se alarga durante un tiempo prolongado, y se hace con la custodia, se puede utilizar el trono o expositorio, situado en un lugar más elevado; pero evítese que esté demasiado alto y distante» (93).

Ante el Santísimo expuesto, el ministro y el acólito permanecen *arrodillados*, concretamente durante la incensión (97). Y lo mismo, se entiende, el pueblo. Es el mismo arrodillamiento que, siguiendo muy larga tradición, viene prescrito por la *Ordenación general del Misal Romano* «durante la consagración» de la Eucaristía (21). Y recuérdese en esto que «la postura uniforme es un signo de comunidad y unidad de la asamblea, ya que expresa y fomenta al mismo tiempo la unanimidad de todos los participantes» (20).

–*Adoremos a Cristo con cantos y lecturas, con preces y silencio.* «Durante la exposición, las preces, cantos y lecturas deben organizarse de manera que los fieles atentos a la oración se dediquen a Cristo, el Señor».

«Para alimentar la oración íntima, háganse lecturas de la sagrada Escritura con homilía o breves exhortaciones, que lleven a una mayor estima del misterio eucarístico. Conviene también que los fieles respondan con cantos a la palabra de Dios. En momentos oportunos, debe guardarse un silencio sagrado» (*Ritual* 95; +89).

–*Adoremos a Cristo, rezando la Liturgia de las Horas.* «Ante el santísi-

mo Sacramento, expuesto durante un tiempo prolongado, puede celebrarse también alguna parte de la Liturgia de las horas, especialmente las Horas principales [laudes y vísperas].

«Por su medio, las alabanzas y acciones de gracias que se tributan a Dios en la celebración de la Eucaristía, se amplían a las diferentes horas del día, y las súplicas de la Iglesia se dirigen a Cristo y por él al Padre en nombre de todo el mundo» (*Ritual* 96). Las Horas litúrgicas, en efecto, están dispuestas precisamente para «extender a los distintos momentos del día la alabanza y la acción de gracias, así como el recuerdo de los misterios de la salvación, las súplicas y el gusto anticipado de la gloria celeste, que se nos ofrecen en el misterio eucarístico, “centro y cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana” (CD 30)» (*Ordenación general de la Liturgia de las Horas* 12).

–*Adoremos a Cristo, haciendo «visitas al Santísimo».* En efecto, como dice Pío XII, «las piadosas y aún cotidianas visitas a los divinos sagrarios», con otros modos de piedad eucarística,

«han contribuido de modo admirable a la fe y a la vida sobrenatural de la Iglesia militante en la tierra, que de esta manera se hace eco, en cierto modo, de la triunfante, que perpetuamente entona el himno de alabanza a Dios y al Cordero “que ha sido sacrificado” (Ap 5,12; +7,10). Por eso la Iglesia no sólo ha aprobado esos piadosos ejercicios, propagados por toda la tierra en el transcurso de los siglos, sino que los ha recomendado con su autoridad. Ellos proceden de la sagrada liturgia, y son tales que, si se practican con el debido decoro, fe y piedad, en gran manera ayudan, sin duda alguna, a vivir la vida litúrgica» (*Mediator Dei* 165-166).

Sagrarios dignos

en iglesias abiertas

Procuremos tener sagrarios dignos en iglesias abiertas, para que pueda llevarse a la práctica esa adoración eucarística de los fieles. Así pues, «cuiden los pastores de que las iglesias y oratorios públicos en que se guarda la santísima Eucaristía estén abiertas diariamente durante varias horas en el tiempo más oportuno del día, para que los fieles puedan fácilmente orar ante el santísimo Sacramento» (*Ritual* 8; +*Código* 937). «El lugar en que se guarda la santísima Eucaristía sea verdaderamente destacado. Conviene que sea igualmente apto para la adoración y oración privada» (*Ritual* 9).

«Según la costumbre tradicional, arda continuamente junto al sagrario una lámpara de aceite o de cera, como signo de honor al Señor» (*Ritual* 11; puede ser eléctrica, pero no común: *Código* 940).

En cada iglesia u oratorio haya «un solo sagrario» (*Código* 938,1). Y en los conventos o casas de espiritualidad el sagrario esté «sólo en la iglesia o en el oratorio principal anejo a la casa; pero el Ordinario, por causa justa, puede permitir que se reserve también en otro oratorio de la misma casa» (*ib.* 937).

Devoción eucarística y esperanza escatológica

Adoremus a Cristo en la Eucaristía, como prenda y anticipo de la vida celeste. La celebración eucarística es «fuente de la vida de la Iglesia y prenda de la gloria futura» (Vat.II: *UR* 15a). Por eso el culto eucarístico tiene como gracia propia mantener al cristiano en una continua tensión escatológica.

Ante el sagrario o la custodia, en la

más preciosa esperanza teológica, el discípulo de Cristo permanece día a día ante Aquél que es la puerta del cielo: «yo soy la puerta; el que por mí entrare, se salvará» (Jn 10,9).

Ante el sagrario, ante la custodia, el discípulo persevera un día y otro ante Aquél «que es, que era, que vendrá» (Ap 1,4.8). El Cristo que *vino* en la encarnación; que *viene* en la Eucaristía, en la inhabitación, en la gracia; que *vendrá* glorioso al final de los tiempos.

No olvidemos, en efecto, que en la Eucaristía el que vino —«quédate con nosotros» (Lc 24,29)— viene a nosotros en la fe, «mientras esperamos la venida gloriosa de nuestro Salvador Jesucristo». Así lo confesamos diariamente en la Misa. Como hace notar Tena, «la presencia del Señor entre nosotros no puede ser más que en la perspectiva del *futurae gloriae pignus* [prenda de la futura gloria]» (217).

En los últimos siglos, ha prevalecido entre los cristianos la captación de Cristo en la Eucaristía como *Emmanuel*, como el Señor con nosotros; y éste es un aspecto del Misterio que es verdadero y muy laudable. Pero los Padres de la Iglesia primitiva, al tratar de la Eucaristía, insistían mucho más que nosotros en su dimensión escatológica. En ella, más que el Emmanuel, veían el acceso al Cristo glorioso que ha de venir. Y en sus homilias y catequesis señalaban con frecuencia la relación existente entre la Eucaristía y la vida futura, esto es, la resurrección de los muertos: «el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día» (Jn 6,54).

Esta perspectiva escatológica de la Eucaristía no es exclusiva de los Padres primeros, pues se manifiesta también muy acentuada en la Edad Media, es decir, en las primeras formulaciones de la adoración eucarística. Bastará, por ejemplo, que recordemos algunas estrofas de los himnos eucarísticos compuestos por santo Tomás:

«O salutaris hostia, quæ cæli pandis ostium» (Hostia de salvación, que abres las puertas del cielo: *Verbum supernum*, Laudes, Oficio del Corpus).

«Tu qui cuncta scis et vales, qui nos pascis hic mortales, tuos ibi comensales, coheredes et sodales fac sanctorum civium» (Tú, que conoces y puedes todo, que nos alimentas aquí, siendo mortales, haznos allí comensales, coherederos y compañeros de tus santos: *Lauda Sion*, secuencia Misa del Corpus).

«Iesu, quem velatum nunc aspicio, oro fiat illud quod tam sitio; ut te revelata cernens facie, visu sim beatus tuæ gloriæ» (Jesús, a quien ahora miro oculto, cumple lo que tanto ansío: que contemplando tu rostro descubierto, sea yo feliz con la visión de tu gloria. *Adoro te devote*, himno atribuido a Santo Tomás, para después de la elevación).

«O amantissime Pater, concede mihi dilectum Filium tuum, quem nunc velatum in via suscipere propono, revelata tandem facie perpetuo contemplari» (Padre amadísimo, concédeme al fin contemplar eternamente el rostro descubierto de tu Hijo predilecto, al que ahora, de camino, voy a recibir velado: *Omnipotens sempiterne Deus*, oración preparatoria a la Eucaristía, atribuida a Santo Tomás).

La secularización de la vida presente, es decir, la disminución o la pérdida de la esperanza en la vida eterna, es hoy sin duda la tentación principal del mundo, y también de los cristianos. Por eso

precisamente «la Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico» (*Dominicæ Cenæ* 3), porque ésa es, sin duda, la devoción que con más fuerza levanta el corazón de los fieles hacia la vida celestial definitiva.

Y «he aquí —escribe Tena— cómo a través de esta dimensión escatológica de la adoración eucarística, reencontramos la motivación fundamental de la misma reserva: para el Viático, para que los enfermos puedan comulgar... Este pan de vida que está encima del altar, así como procede del banquete celestial, continúa ofrecido como alimento de tránsito: es un viático, sobre todo. Cada uno de los adoradores puede pensar, en el instante de adoración silenciosa, en este momento en que recibirá por última vez la Eucaristía: “¡quien come de este pan vivirá para siempre!” (Jn 6,58). La prenda del futuro absoluto está ahí: es la presencia del Señor de la gloria, que *aparece* en la Eucaristía» (217).

Los sacerdotes y la adoración eucarística

Si todos los fieles han de venerar a Cristo en el Sacramento, «*los pastores en este punto vayan delante con su ejemplo y exhórtelen con sus palabras*» (*Ritual* 80). En efecto, los sacerdotes *deben* suscitar en los fieles la devoción eucarística tanto por el ejemplo como por la predicación. Es un deber pastoral grave.

La piedad eucarística de los fieles depende en buena medida de que sus sacerdotes la vivan y, consiguientemente, la prediquen —«de la abundancia del corazón habla la boca» (Mt 12,34)—. Por eso la Congregación para la Educación Católica, en su instrucción de 1980 *Sobre la vida espiritual en los Seminarios*, muestra tanto interés en

que los candidatos al sacerdocio sean formados en el convencimiento de que «el continuo desarrollo del culto de adoración eucarística es una de las más maravillosas experiencias de la Iglesia».

«Un sacerdote que no participe de este fervor, que no haya adquirido el gusto de esta adoración, no sólo será incapaz de transmitirlo y traicionará la Eucaristía misma, sino que cerrará a los fieles el acceso a un tesoro incomparable».

Y por eso la Congregación para el Clero, en el *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, de 1994, toca también con insistencia el mismo punto:

«La centralidad de la Eucaristía se debe indicar no sólo por la digna y piadosa celebración del Sacrificio, sino aún más por la adoración habitual del Sacramento. El presbítero debe mostrarse *modelo de la grey* [1Pe 5,3] también en el devoto cuidado del Señor en el sagrario y en la meditación asidua que hace –siempre que sea posible– ante Jesús Sacramentado. Es conveniente que los sacerdotes encargados de la dirección de una comunidad dediquen espacios largos de tiempo para la adoración en comunidad, y tributen atenciones y honores, mayores que a cualquier otro rito, al Santísimo Sacramento del altar, también fuera de la Santa Misa. “La fe y el amor por la Eucaristía hacen imposible que la presencia de Cristo en el sagrario permanezca solitaria” (Juan Pablo II, 9-VI-1993). La liturgia de las horas puede ser un momento privilegiado para la adoración eucarística» (50).

De todo esto, ya hace años, dijo hermosas cosas el gran liturgista dominico A.-M. Roguet (*L'adoration eucharistique dans la piété sacerdotale*, «Vie Spirituelle» 91, 1954, 11-12).

La devoción eucarística después del Vaticano II

La piedad eucarística es en el siglo XX una parte integrante de la espiritualidad cristiana común. Por eso San Pío X no hace sino afirmar una convicción general cuando dice:

«Todas bellas, todas santas son las devociones de la Iglesia Católica, pero la devoción al Santísimo Sacramento es, entre todas, la más sublime, la más tierna, la más fructuosa» (*A la Adoración Nocturna Española* 6-VII-1908).

¿Y después del Vaticano II? La gran renovación litúrgica impulsada por el Concilio también se ha ocupado de la piedad eucarística.

Concretamente, el *Ritual de la sagrada comunión y del culto a la Eucaristía fuera de la Misa* es una realización de la Iglesia postconciliar. Antes no había un Ritual, y la devoción eucarística discurría por los simples cauces de la piadosa costumbre. Ahora se ha ordenado por *rito litúrgico* esta devoción.

Por otra parte, en el *Ritual de la dedicación de iglesias y de altares*, de 1977, después de la comunión, se incluye un rito para la «inauguración de la capilla del Santísimo Sacramento». Antes tampoco existía ese rito. Es nuevo.

Son éstos, sin duda, gestos importantes de la renovación litúrgica postconciliar. Y los recientes documentos magistrales sobre la adoración eucarística que hemos recordado, más explícitamente todavía, nos muestran el gran aprecio que la Iglesia actual tiene por esta devoción y este culto. Por eso, si la doctrina y la disciplina de la Iglesia ha querido en nuestro tiempo *podar* el

árbol de la piedad eucarística, lo ha hecho ciertamente a fin de que crezca más fuerte y dé aún mejores y más abundantes frutos.

Y por eso aquéllos que, en vez de podar el árbol de la devoción al Sacramento, lo *cortan* de raíz se están alejando de la tradición católica y, sin saberlo normalmente, se oponen al impulso renovador de la Iglesia actual.

Ya en 1983 observaba Pere Tena: «sabemos y constatamos cómo en muchos lugares se ha silenciado absolutamente el sentido espiritual de la oración personal ante el santísimo sacramento, y cómo esto, juntamente con la supresión de las procesiones eucarísticas y de las exposiciones prolongadas, se considera como un *progreso*» (209). En esta línea, podemos añadir, hay parroquias hoy que no tienen custodia, y en las que el sagrario, si existe, no está asequible a la devoción de los fieles.

La supresión de la piedad eucarística no es un progreso, evidentemente, sino más bien una decadencia en la fe, en la fuerza teológica de la esperanza y en el amor a Jesucristo. Y no parece aventurado estimar que entre la eliminación de la devoción eucarística y la disminución de las vocaciones sacerdotales y religiosas existe una relación cierta, aunque no exclusiva.

Juan Pablo II, en su exhortación apostólica *Dominicæ Coenæ*, no sólo manifiesta con fuerza su voluntad de estimular todas las formas tradicionales de la devoción eucarística, «oraciones personales ante el Santísimo, horas de adoración, exposiciones breves, prolongadas, anuales—las cuarenta horas—, bendiciones y procesiones eucarísticas, congresos eucarísticos», sino

que afirma incluso que «*la animación y el fortalecimiento del culto eucarístico son una prueba de esa auténtica renovación que el Concilio se ha propuesto y de la que es el punto central*».

Y es que «la Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este *sacramento del amor*. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la *adoración*, en la *contemplación* llena de fe y abierta a *reparar* las graves faltas y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración» (3).

Secularización o sacralidad

Hoy se hace necesario en el cristianismo elegir entre secularización y sacralidad.

—*El cristianismo secularizado*, de claras raíces nestorianas y pelagianas, deja en la duda la divinidad de Jesús y la virginidad de María, busca la salvación en el hombre mismo, ignorando la necesidad de la fe y de la gracia para la salvación, olvida la vida eterna, y aleja al pueblo cristiano de la Misa y de los sacramentos, especialmente del sacramento de la penitencia.

Este «cristianismo», por supuesto, *suprime la adoración eucarística*, vacía los templos, y consigue así tenerlos cerrados. De este modo evita que los cristianos se pierdan en pietismos alienantes, y fomenta que vayan entre los hombres, que es donde deben estar.

Hoy es bien conocido este falso cristianismo (+Iraburu, *Sacralidad y secularización*, Fundación GRATIS DATE, Pamplona 1996): falsifica la acción misionera, niega la necesidad de la Iglesia, elimina la finalidad sobrenatural de las obras misioneras y

educativas, caritativas y asistenciales, y secularizando todo en un horizontalismo inmanentista, acaba, claro está, con las vocaciones sacerdotales y religiosas.

—*El cristianismo sagrado*, por el contrario, el bíblico y tradicional, el propugnado por el Magisterio apostólico, confiesa firmemente a Cristo como verdadero Dios y verdadero hombre, afirma que su gracia es en absoluto necesaria para el hombre, y que su presencia en la Eucaristía, real y verdadera, debe ser adorada.

Los cristianos, en este verdadero cristianismo, *permanecen* en el mismo Señor Jesucristo, como sarmientos en la

Vid santa, y se unen a él por el amor servicial y la oración, por la penitencia sacramental, y muy especialmente por la celebración y la adoración de la Eucaristía. Ésta es la Iglesia que, centrada en el *Mysterium fidei*, florece en vocaciones, en familias cristianas y en innumerables obras misioneras y educativas, sociales, culturales y asistenciales.

Escuchemos, pues, de nuevo a Juan Pablo II (*Dominicæ Coenæ* 3): «La animación y el fortalecimiento del culto eucarístico son una prueba de esa auténtica renovación que el Concilio se ha propuesto, y de la que es el punto central. La Iglesia y el mundo tienen una *gran necesidad* del culto eucarístico».

II

La Adoración Nocturna

FUNDADOR: **Charles Sylvain**, *El apóstol de la Eucaristía. Vida del P. Hermann*, Edit. Litúrgica Española, Barcelona 1935. Este capítulo está formado por extractos de esta obra, publicada en francés en 1880. **Id.**, *Hermann Cohen, apóstol de la Eucaristía*. Es la misma obra anterior, en edición abreviada por mí, que ha sido publicada por la Adoración Nocturna Española y por la Fundación GRATIS DATE 1998. **Jean-Marie Beauring**, o.s.b., *Flèche de feu. Hermann Cohen (1820-1871), juiif converti devenu prêtre*, Cerf, París 1998. El mismo autor había publicado anteriormente la obra titulada *Le Père Augustin Marie du Très-Saint-Sacrement, Hermann Cohen (1821-1871)*, París 1981.

ADORACIÓN NOCTURNA (AN): **Leclercq, H.**, *Vigiles*, «Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie», París 1953, 3108-3113. Discursos pronunciados en el I Cincuentenario de la Adoración Nocturna (cf. C. Sylvain, 416-427 y 428-444): **Cardenal Perraud**, *En el cincuenta aniversario de la Adoración Nocturna*, sermón 7-XII-1898; **Mr. Cazeaux**, *La primera vigilia de la Adoración Nocturna*, memoria leída 5-II-1899.

ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA (ANE): *Reglamento de la ANE*, Madrid 1967; *Estadutos y Reglamento de la ANE*, ib. 1976;

Bases doctrinales para un ideario de la AN, ib. 1980; *Reglamento de la Rama Masculina de la ANE*, 1993; *Proyecto de Estatutos de la ANE*, 1995; *Manual de la ANE*, ib. 1996. **Juan Pablo II**, *Alocución a la Adoración Nocturna de España*, Madrid 31-X-1982. **J. M. Blanco-Ons**, *Luis de Trelles, abogado, periodista, político, fundador de la A.N.E.*, ANE, Santiago de Compostela 1991.

1

Hermann Cohen, fundador

Hermann Cohen

Nacido en una poderosa familia judía de Hamburgo, Hermann Cohen (1820-1871) es educado en la religiosidad de un judaísmo ilustrado, y en el desprecio de todo lo cristiano: sacerdotes, cruz, sacramentos, etc.

A los cuatro años inicia Hermann su formación musical, y a los once da ya conciertos al piano. Un año después, como discípulo predilecto de Franz Liszt (1811-1886), inicia en París y desarrolla después por toda Europa una carrera muy brillante como pianista, profesor de piano y compositor.

Los personajes más brillantes y anticatólicos de su tiempo fueron los más íntimos amigos de Hermann en su adolescencia y juventud. Felicité de Lamennais (1782-1854), sacerdote que acabó en la apostasía, fue su maestro. George Sand (1804-1876), escritora

casada, que abandonó a su familia, y vivió sucesivamente con Mérimée, Musset, Chopin y con algún otro, tenía en Hermann, su *Puzzi*, su pajecito inseparable, que a veces incluso le acompañaba en los viajes. Admirador de Voltaire y de Rousseau, lo mismo se relacionaba con el anarquista Bakunine (1814-1876), que brillaba en los salones de la aristocracia europea.

Hermann Cohen es un triunfador famoso, viaja por toda Europa, conoce bien varias lenguas —alemán y francés, italiano y español—, gana mucho dinero con sus conciertos, lo pierde también cuantiosamente en el juego, y llega a conocer todos los vicios. Así vive, así *malvive* hasta los veintiséis años, hasta 1847.

Una conversión eucarística

El propio Hermann relata su conversión al sacerdote Alfonso María de Ratisbona (1814-1884), otro judío converso, como antes lo fue el hermano de éste, Teodoro, también sacerdote.

Un viernes de mayo de 1847, en París, el príncipe de Moscú le pide a su amigo Hermann que le reemplace en la dirección de un coro de aficionados en la iglesia de Santa Valeria. Hermann, que vive en la vecindad, va allí con gusto. Y en el acto final de la bendición con el Santísimo, experimenta

«una extraña emoción, como remordimientos de tomar parte en la bendición, en la cual carecía absolutamente de derechos para estar comprendido». Sin embargo, la emoción es grata y fuerte, y siente «un alivio desconocido».

Vuelve Hermann a la misma iglesia los

viernes siguientes, y siempre en el acto en que el sacerdote bendice con la custodia a los fieles arrodillados, experimenta la misma conmoción espiritual. Pasa el mes de mayo, y con él las solemnidades musicales en honor de María. Pero él cada domingo vuelve a Santa Valeria para asistir a Misa.

En la casa de Adalberto de Beaumont, donde vive entonces, toma un viejo devocionario de la biblioteca, y con él inicia su instrucción en el cristianismo. En seguida, recibe la ayuda del padre Legrand, de la curia arzobispal de París. También el vicario general, Mons. de la Bouillerie, muy interesado en las obras eucarísticas, se interesa por él. Pero pronto Hermann tiene que partir a Ems, en Alemania, donde ha de dar un concierto.

«Apenas he llegado a dicha ciudad, visité al párroco de la pequeña iglesia católica, para quien el sacerdote Legrand me había dado una carta de recomendación. El segundo día después de mi llegada, era un domingo, el 8 de agosto, y, sin respeto humano, a pesar de la presencia de mis amigos, fui a oír Misa.

«Allí, poco a poco, los cánticos, las oraciones, la presencia —invisible, y sin embargo sentida por mí— de un poder sobrehumano, empezaron a agitarme, a turbarme, a hacerme temblar. En una palabra, *la gracia divina se complacía en derramarse sobre mí con toda su fuerza. En el acto de la elevación*, a través de mis párpados, sentí de pronto brotar un diluvio de lágrimas que no cesaban de correr a lo largo de mis mejillas... ¡Oh momento por siempre jamás memorable para la salud de mi alma! Te tengo ahí, presente en la mente, con todas las sensaciones celestiales que me trajiste de lo Alto... Invoco con ardor al Dios todopoderoso y misericordiosísimo, a fin de que

el dulce recuerdo de tu belleza quede eternamente grabado en mi corazón, con los estigmas imborrables de una fe a toda prueba y de un agradecimiento a la medida del inmenso favor de que se ha dignado colmarme...

«Al salir de esta iglesia de Ems, era ya cristiano. Sí, tan cristiano como es posible serlo cuando no se ha recibido aún el santo bautismo...»

Vuelto a París, se dedica Hermann apasionadamente a la oración y a su instrucción religiosa. Pero todavía se ve obligado durante unos meses a dar clases y conciertos, pues ha de pagar considerables deudas de juego a sus acreedores.

Llega por fin el día de su bautismo: el 28 de agosto de 1847. «Estaba tan emocionado, escribe, que aun hoy no recuerdo, sino muy imperfectamente, las ceremonias que se hicieron». Ingresó en las Conferencias de San Vicente de Paúl. Pero donde mejor se halla siempre es en la iglesia, en oración ante el Santísimo. El 10 de noviembre hace voto, ante el altar de la Virgen, de ordenarse sacerdote y de prepararse a ello en cuanto se vea libre de sus acreedores. Cambia su vida totalmente, y sus antiguos compañeros de bohemia y de fiesta no lo entienden. Piensan que, quizá por sus excesos, anda trastornado. Algunos, como Adalberto de Beaumont, le vuelven la espalda, y él ha de buscarse nuevo domicilio.

Proyecto de Hermann aprobado por Mons. de la Bouillierie

Hermann alquila un modesto cuarto en la calle de la Universidad, número 102 –casa que ya no existe–, y que se

puede considerar como la cuna de la Adoración Nocturna. Un amigo suyo, el señor Dupont, uno de sus primeros seguidores, refiere los datos de esta fundación:

«Habiendo entrado un día por la tarde en la capilla de las Carmelitas, [Hermann] que se complacía en visitar las iglesias en que se hallaba expuesto el Santísimo Sacramento, se puso a adorar a Nuestro Señor manifiesto en la custodia, sin contar las horas y sin advertir que la noche se acercaba. Era en noviembre. Una Hermana tornera llega y da la señal de salir. Fue necesario un segundo aviso. Entonces Hermann dijo a la religiosa: “Ya saldré cuando lo hagan esas personas que se hallan al fondo de la capilla”. Y ella: “Pues no saldrán en toda la noche”.

«Semejante respuesta de la Hermana era más que suficiente, y dejaba una preciosa semilla en un corazón bien dispuesto. Hermann sale del oratorio y se dirige precipitadamente a casa de Monseñor de la Bouillierie: “Acaban de hacerme salir de una capilla, exclama, en la que unas mujeres estarán toda la noche ante el Santísimo Sacramento”... Monseñor de la Bouillierie responde: “Bien, encuéntreme hombres y les autorizo a imitar a esas buenas mujeres, cuya suerte ante Nuestro Señor envidia usted”. Pues bien, ya desde el día siguiente, con el favor de los ángeles buenos, Hermann hallaba la necesaria ayuda en varias almas».

Monseñor de la Bouillierie había establecido ya anteriormente en París, en 1844, una pequeña asociación para la *Adoración nocturna en casa*, cuyos miembros, hombres o mujeres, se levantaban por turnos durante la noche una vez al mes, a hora fijada de antemano, para adorar a Nuestro Señor. También había contribuido a fundar la *Adoración nocturna del Santísimo Sa-*

cramento, asociación femenina establecida por la señorita Debouché, que iba a ser el núcleo de las religiosas *Reparadoras*.

Nace la Adoración Nocturna

Hermann, muy contento con la autorización de Monseñor de la Bouillierie, se puso inmediatamente en busca de hombres de fe, ávidos como él de agradecer al Jesús de la Eucaristía todos sus beneficios, entregándole sacrificio por sacrificio.

Los primeros inscritos en la lista fueron el caballero Aznarez, antiguo diplomático español, que había enseñado el castellano a Hermann en los tiempos de su vida artística, y el conde Raimundo de Cuers, capitán de fragata, muy amigo.

Pronto se presentaron otros, y *el 22 de noviembre de 1848*, Hermann los reunía a todos en su cuartito de la calle de la Universidad. Sólo diecinueve miembros se hallaban presentes; cuatro inscritos no habían podido acudir. Monseñor de la Bouillierie presidía la pequeña reunión, cuyos miembros se habían juntado

«con la intención, dice el acta de esta primera sesión, de fundar una asociación que tendrá por objeto la *Exposición y Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento*, la reparación de los ultrajes de que es objeto, y para atraer sobre Francia las bendiciones de Dios y apartar de ella los males que la amenazan».

¡Un programa inmenso para tan pequeño número de hombres, casi todos de la más humilde condición! Aparte del promotor de la reunión, pianista famoso, además de Mons. de la Bouillierie

y de dos oficiales de marina, los asociados no eran casi más que empleados oscuros, obreros y criados.

Éstos fueron los instrumentos de que el Señor se sirvió para establecer la asociación de la *Adoración Nocturna*, que pronto había de extenderse por casi todos los países católicos.

Obra providencial para tiempos duros de la Iglesia

Al saber que la revolución había triunfado en Roma, y que el papa Pío IX había tenido que refugiarse en Gaeta, puerto al sur de Roma, animó a aquellos primeros asociados a poner en práctica inmediatamente su proyecto. Y así la primera vigilia nocturna de Adoración se celebró *el 6 de diciembre de 1848*.

La segunda y tercera noches se verificaron los días 20 y 21 del mismo mes, con ocasión de las rogativas de *Cuarenta Horas* ordenadas con esa ocasión, en favor del Papa, por el arzobispo de París.

En Francia, pues, esta fundación se relaciona con una de las fases más dolorosas del Papado. Y coincide en ello con la obra de Adoración fundada en Roma, en 1809, cuando Napoleón hace cautivo a Pío VII.

Primeras vigiliass de la Adoración Nocturna

Las primeras vigiliass se efectuaron en el famoso santuario de Nuestra Señora de las Victorias. Más tarde, los socios de la Adoración Nocturna y de las Conferencias de San Vicente de Paúl perpetuaron el hecho con una lápida de mármol, en testimonio de agradecimiento:

A NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS,
 NUESTRA PROTECTORA,
 EN HOMENAJE DE GRATITUD Y DE AMOR
 DE LAS CONFERENCIAS
 DE SAN VICENTE DE PAÚL
 Y DE LA ASOCIACIÓN
 DE LA ADORACIÓN NOCTURNA DE PARÍS.
 31 DE MAYO DE 1871

*La asociación de la Exposición y
 Adoración Nocturna del Santísimo
 Sacramento, en París,
 ha tenido su origen en esta iglesia,
 el 6 de diciembre de 1848,
 debido al celo del Rdo. padre Hermann
 y de Mons. Francisco de la Bouillierie,
 obispo de Carcasona,
 entonces vicario general de la diócesis
 de París.*

Las vigili­as no pudieron continuarse en Nuestra Señora de las Victorias, y se escogió para lugar de reunión el oratorio de los Padres Maristas.

El padre Hermann, carmelita

En 1849 Hermann ingresa en el Carmelo, que en esos años, tras las persecuciones de la Revolución Francesa, estaba siendo refundado en Francia bajo la dirección del carmelita español Domingo de San José. Una vez ordenado presbítero, el padre Hermann, con muchos viajes y trabajos, fue la fuerza más eficaz tanto para la extensión del Carmelo como para la difusión de la Adoración Nocturna en Francia y fuera de ella.

El padre Hermann era un religioso ejemplar, tan contemplativo y orante como activo y apostólico. Tuvo relación amistosa con muchas de las grandes figuras católicas de su tiempo: el santo Cura de Ars, santa Bernardita, san

Pedro-Julián Eymard, el cardenal Wiseman, etc. Tuvo, por otra parte, la alegría de bautizar a diez miembros de su familia judía.

Al fin, agotado por el trabajo y contagiado de viruela, muere en 1871, a los cincuenta años de edad, estando en Spandau, Alemania, al servicio de los prisioneros franceses de la guerra franco-prusiana.

El apóstol de la Eucaristía

El padre Hermann, famoso predicador, hace voto de mencionar la Eucaristía en todos sus sermones. Y no le cuesta nada cumplirlo, pues como su tesoro es la Eucaristía, allí está, pues, su corazón; y de la abundancia del corazón habla su boca (+Mt 6,21; 12,34).

Aunque al entrar en el Carmelo dejó del todo la composición de música, siendo estudiante de teología, le autorizaron en una ocasión sus superiores esa actividad como descanso. Y como no podía ser menos, compuso una colección de *Cánticos al Santísimo Sacramento*, la más perfecta de todas sus obras. En la introducción, escribe emocionado:

«Jesús, adorado por mí, que me has conducido a la soledad para hablarme al corazón; por mí, cuyos días y noches se deslizan felizmente en medio de las celestiales conversaciones de tu Presencia adorable, entre los recuerdos de la comunión de hoy y las esperanzas de la comunión de mañana... Yo beso con entusiasmo las paredes de mi celda querida, en la que nada me distrae de mi único pensamiento, en la que no respiro sino para amar tu divino Sacramento...

«¡Que vengan, que vengan los que me han conocido en otro tiempo, y que me-

nosprecian a un Dios muerto de amor por ellos!... Que vengan, Jesús mío, y sabrán si tú puedes cambiar los corazones. Sí, mundanos, yo os lo digo, de rodillas ante este amor despreciado: si ya no me veis esforzarme sobre vuestras mullidas alfombras para mendigar aplausos y solicitar vanos honores, es porque he hallado la gloria en el humilde tabernáculo de Jesús-Hostia, de Jesús-Dios.

«Si ya no me veis jugar a una carta el patrimonio de una familia entera, o correr sin aliento para adquirir oro, es porque he hallado la riqueza, el tesoro inagotable en el cáliz de amor que guarda a Jesús-Hostia.

«Si ya no me veis tomar asiento en vuestras mesas suntuosas y aturdirme en las fiestas frívolas que dais, es porque hay un festín de gozo en el que me alimento para la inmortalidad y me regocijo con los ángeles del cielo. Es porque he hallado la felicidad suprema. Sí, he hallado el bien que amo, él es mío, lo poseo, y que venga quien pretenda despojarme de él.

«Pobres riquezas, tristes placeres, humillantes honores eran los que perseguía con vosotros... Pero ahora que mis ojos han visto, que mis manos han tocado, que sobre mi corazón ha palpitado el corazón de un Dios, ¡oh, cómo os compadezco, en vuestra ceguera, por perseguir y lograr placeres incapaces de llenar el corazón!

«Venid, pues, al *banquete celestial que ha sido preparado por la Sabiduría eterna*; ¡venid, acercaos!... Dejad ahí vuestros juguetes vanos, las quimeras que traéis, arrojad a lo lejos los harapos engañosos que os cubren. Pedid a Jesús el vestido blanco del perdón, y, con un corazón nuevo, con un corazón puro, bebed en el manantial limpio de su amor... “¡Venid y ved qué bueno es el Señor!” [Sal 33,9].

«¡Oh Jesús, amor mío, cómo quisiera demostrarles la felicidad que me das! Me atrevo a decir que, si la fe no me enseñase que contemplarte en el cielo es mayor gozo aún, no creería jamás posible que existiera ma-

yor felicidad que la que experimento al amarte en la Eucaristía y al recibirte en mi pobre corazón, que tan rico es gracias a ti!»...

No fueron éstos unos pasajeros fervores de novicio. Por el contrario, durante toda su vida —como se comprueba en su diario, en sus cartas y predicaciones— el Espíritu Santo mantuvo su corazón encendido en la llama de un amor inmenso al Jesús de la Eucaristía.

Jesucristo es hoy la Eucaristía

El amor abrasador del padre Hermann a la Eucaristía, es decir, a Jesucristo, hacía que no pudiera comulgar o llevar el Sacramento sin experimentar una emoción tan viva y fuerte que se parecía a la embriaguez. De esta vivencia personal tan profunda reciben sus escritos eucarísticos una vibración tan singular.

«¡Oh, Jesús! ¡oh, Eucaristía, que en el desierto de esta vida me apareciste un día, que me revelaste la luz, la belleza y grandeza que posees! Cambiaste enteramente mi ser, supiste vencer en un instante a todos mis enemigos... Luego, atrayéndome con irresistible encanto, has despertado en mi alma un hambre devoradora por el Pan de vida y en mi corazón has encendido una sed abrasadora por tu Sangre divina...

«Y ahora que te poseo y que me has herido en el corazón, ¡ah!, deja que les diga lo que para mi alma eres...

«¡Jesucristo, hoy, es la sagrada Eucaristía! *Jesus Christus hodie* [+Heb 13,8]. ¿Es posible pronunciar esta palabra sin sentir en los labios una dulzura como de miel? ¿como un fuego ardiente en las venas? ¡La sagrada Eucaristía! El habla enmudece, y sólo el corazón posee el lenguaje secreto para expresarlo.

«¡Jesucristo en el día de hoy!...

«Hoy me siento débil... Necesito una fuerza que venga de arriba para sostenerme, y Jesús bajado del cielo se hace Eucaristía, es el pan de los fuertes.

«¡Hoy me hallo pobre!... Necesito un cobertizo para guarecerme, y Jesús se hace casa... Es la casa de Dios, es el pórtico del cielo, ¡es la Eucaristía!...

«Hoy tengo hambre y sed. Necesito alimento para saciar el espíritu y el corazón, y bebida para apagar el ardor de mi sed, y Jesús se hace trigo candeal, se hace vino de la Eucaristía: *Frumentum electorum et vinum germinans virgines* [trigo que alimenta a los jóvenes y vino que anima a las vírgenes: Zac 9,17].

«Hoy me siento enfermo... Necesito una medicina benéfica para curarme las llagas del alma, y Jesús se extiende como unguento precioso sobre mi alma al entregármese en la Eucaristía: *impinguasti in oleo caput meum; oleum effusum... oleo lætitiæ unxi eum... fundens oleum desuper* [Sal 22,5; 44,8; 88,21].

«Hoy necesito ofrecer a Dios un holocausto que le sea agradable, y Jesús se hace víctima, se hace Eucaristía.

«Hoy en fin me hallo perseguido, y Jesús se hace coraza para defenderme: *scutum meum et cornu salutis meæ* [mi escudo y la fuerza de mi salvación: 2Re 22,3 *Vulgata*]. Me hace temible al demonio.

«Hoy estoy extraviado, se me hace estrella; estoy desanimado, me alienta; estoy triste, me alegra; estoy solo, viene a morar conmigo hasta la consumación de los siglos; estoy en la ignorancia, me instruye y me ilumina; tengo frío, me calienta con un fuego penetrante.

«Pero, más que todo lo dicho, necesito amor, y ningún amor de la tierra había podido contentar mi corazón, y es entonces sobre todo cuando se hace Eucaristía, y me ama, y su amor me satisface, me sacia, me

llena por entero, me absorbe y me sumerge en un océano de caridad y de embriaguez.

«Sí, ¡amo a Jesús, amo a la Eucaristía! ¡Oídllo, ecos; repetídllo a coro, montañas y valles! Decídllo otra vez conmigo: *¡Amo a la Eucaristía!* Jesús hoy es Jesús conmigo»...

2

La Adoración Nocturna

Las *vigilias* de la antigüedad, primer precedente de la AN

Las *vigilias* mensuales de la Adoración Nocturna (=AN) continúan la tradición de aquellas *vigilias* nocturnas de los primeros cristianos, si bien éstos, como sabemos, no prestaban todavía una especial atención devocional a la Eucaristía reservada.

En efecto, los primeros cristianos, movidos por la enseñanza y el ejemplo de Cristo —«*vigilad* y orad—, no solamente procuraban rezar varias veces al día, en costumbre que dio lugar a la *Liturgia de las Horas*, sino que —también por imitar a Jesús, que solía orar por la noche (+Lc 6,12; Mt 26,38-41)—, se reunían a celebrar *vigilias* nocturnas de oración.

Estas *vigilias* tenían lugar en el aniversario de los mártires, en la víspera de grandes fiestas litúrgicas, y sobre todo en las noches precedentes a los domingos. La más importante y solemne de todas ellas era, por supuesto, la *Vigilia Pascual*, llamada por San Agustín «madre de todas las santas *vigilias*» (ML 38,1088).

En las *vigilias* los cristianos se mantenían *vigiles*, esto es, despiertos, alternando oraciones, salmos, cantos y lecturas de la Sagrada Escritura. Así es como esperaban en la noche la hora de la Resurrección, y llegada ésta al amanecer, terminaban la vigilia con la celebración de la Eucaristía. Tenemos de esto un ejemplo muy antiguo en la vigilia celebrada por San Pablo con los fieles de Tróade (Hch 20, 7-12).

Con el nacimiento del monacato en el siglo IV, se van organizando en las comunidades monásticas vigiliarias diarias, a las que a veces, como en Jerusalén, se unen también algunos grupos de fieles laicos. Así lo refiere en el *Diario de viaje* la peregrina española Egeria, del siglo V. En todo caso, entre los laicos, las vigiliarias más acostumbradas eran las que semanalmente precedían al domingo.

La costumbre de las vigiliarias nocturnas se hizo pronto bastante común. San Basilio (+379), por ejemplo, respondiendo a ciertas reticencias de algunos clérigos de Neocesarea, habla con gran satisfacción de tantos «hombres y mujeres que perseveran día y noche en las oraciones asistiendo al Señor», ya que en este punto «las costumbres actualmente vigentes en todas las Iglesias de Dios son acordes y unánimes»:

«El pueblo [para celebrar las vigiliarias] se levanta durante la noche y va a la casa de oración, y en el dolor y aflicción, con lágrimas, confiesan a Dios [sus pecados], y finalmente, terminadas las oraciones, se levantan y pasan a la salmodia. Entonces, divididos en dos coros, se alternan en el canto de los salmos, al tiempo que se dan con más fuerza a la meditación de las Es-

crituras y centran así la atención del corazón. Después, se encomienda a uno comenzar el canto y los otros le responden. Y así pasan la noche en la variedad de la salmodia mientras oran. Y al amanecer, todos juntos, como con una sola voz y un solo corazón, elevan hacia el Señor el salmo de la confesión [Sal 50], y cada uno hace suyas las palabras del arrepentimiento.

«Pues bien, si por esto os apartáis de nosotros [con vuestras críticas], os apartaréis de los egipcios, os apartaréis de las dos Libias, de los tebanos, los palestinos, los árabes, los fenicios, los sirios y los que habitan junto al Éufrates y, en una palabra, de todos aquellos que estiman grandemente las vigiliarias, las oraciones y las salmodias en común» (MG 32,764).

Las vigiliarias mensuales de la AN—también con oraciones e himnos, salmos y lecturas de la Escritura— prolongan, pues, una antiquísima tradición piadosa del pueblo cristiano, que nunca se perdió del todo, y que hoy sigue siendo recomendada por la Iglesia. Así en la *Ordenación general de la Liturgia de las Horas*, de 1971:

«A semejanza de la Vigilia Pascual, en muchas Iglesias hubo la costumbre de iniciar la celebración de algunas solemnidades con una vigilia: sobresalen entre ellas la de Navidad y la de Pentecostés. Tal costumbre debe conservarse y fomentarse de acuerdo con el uso de cada una de las Iglesias (71).

«Los Padres y autores espirituales, con muchísima frecuencia, exhortan a los fieles, sobre todo a los que se dedican a la vida contemplativa, a la oración en la noche, con la que se expresa y se aviva la espera del Señor que ha de volver: “A medianoche se oyó una voz: ‘¡que llega el esposo, salid a recibirlo’ (Mt 25,6)!; “Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer o a medianoche, o al canto del

gallo o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos” (Mc 13,35-36). Son, por tanto, dignos de alabanza los que mantienen el carácter nocturno del Oficio de lectura» (72).

En este mismo documento se dan las normas para el modo de proceder de «quienes deseen, de acuerdo con la tradición, una celebración más extensa de la vigilia del domingo, de las solemnidades y de las fiestas» (73).

Otros precedentes

Las vigiliias de los antiguos cristianos, como sabemos, no tenían, sin embargo, una referencia devocional hacia la presencia real de Cristo en la Eucaristía. En este aspecto, los antecedentes de la devoción eucarística de la AN han de buscarse más bien en las *Cofradías del Santísimo Sacramento*, de las que ya hemos hablado, nacidas con el Corpus Christi (1264), y acogidas después normalmente a la Bula de 1539.

Son también antecedente de la AN *las Cuarenta horas*. Éstas tienen su origen en Roma, en el siglo XIII; reciben en el XVI un gran impulso en Milán, y Clemente VIII, con la Bula de 1592, las extiende a toda la Iglesia. Como las Cuarenta Horas de adoración en un templo eran continuadas sucesiva e ininterrumpidamente en otros, viene a producirse así una adoración perpetua.

Pero si buscamos antecedentes más próximos de la Adoración actual, los hallamos en la *Adoración Nocturna* nacida en Roma en 1810, con ocasión del cautiverio de Pío VII, por iniciativa del sacerdote Santiago Sinibaldi. Y en la *Adoración Nocturna desde casa*, fundada por Mons. de la Bouillerie en 1844, en París.

Pues bien, en su forma actual, la AN

es iniciada, según vimos, en Francia por Hermann Cohen y dieciocho hombres el 6 de diciembre de 1848, con el fin de adorar en una iglesia, con turnos sucesivos, al Santísimo Sacramento en una vigilia nocturna.

La Adoración Nocturna en España

España conoce también en su historia cristiana muchas Cofradías del Santísimo Sacramento, agregadas normalmente a *Santa Maria sopra Minerva*, iglesia de los dominicos en Roma, y que durante el XIX se integran en el *Centro Eucarístico*. Pero la AN, como tal, se inicia en Madrid, el 3 de noviembre de 1877, en la iglesia de los Capuchinos.

Allí se reúnen siete fieles: Luis Trelles y Noguerol —está en curso su proceso de beatificación—, Pedro Izquierdo, Juan de Montalvo, Manuel Silva, Miguel Bosch, Manuel Maneiro y Rafael González. Queda la Adoración integrada al principio en el *Centro Eucarístico*.

En cuanto *Adoración Nocturna Española* (ANE) se constituye de forma autónoma en 1893. A los comienzos reúne en sus grupos solamente a hombres, pero más tarde, sobre todo en los turnos surgidos en parroquias, forma grupos de hombres y mujeres. En 1977 celebra en Madrid, con participación internacional, su primer centenario.

En 1925 nace en Valencia la *Adoración Nocturna Femenina* (ANFE), que desde 1953, cuando se unifican experiencias de varias diócesis, es de ámbito nacional.

ANE —ver apéndice (pág. 56)— y ANFE están hoy presentes en casi todas las Diócesis españolas.

La Adoración Nocturna en el mundo

La AN, iniciada en París en 1848 y en Madrid en 1877, llega a implantarse en un gran número de países, especialmente en aquellos que, cultural y religiosamente, están más vinculados con Francia y con España.

Alemania, Argentina, Bélgica, Benin, Brasil, Camerún, Canadá, Colombia, Costa de Marfil, Cuba, Congo, Chile, Ecuador, Egipto, España, Estados Unidos, Filipinas, Francia, Guinea Ecuatorial, Honduras, India, Inglaterra, Irlanda, Italia, Isla Mauricio, Luxemburgo, México, Panamá, Polonia, Portugal, Santo Domingo, Senegal, Suiza, Vaticano y Zaire.

Todas estas asociaciones de adoración nocturna, desde 1962, están unidas en la *Federación Mundial de las Obras de la Adoración Nocturna de Jesús Sacramentado*.

Naturaleza de la Adoración Nocturna

Al describir en lo que sigue la AN, nos referimos concretamente al modelo de la AN Española. Pero lo que decimos vale también más o menos para ANFE y para otros países, especialmente para los de Hispanoamérica, ya que usan normalmente el mismo *Manual*.

La AN es una asociación de fieles que, reunidos en grupos una vez al mes, se turnan para adorar en la noche al Señor, realmente presente en la Eucaristía, en representación de la humanidad y en el nombre de la Iglesia.

Los adoradores, una vez celebrado

el Sacrificio eucarístico, permanecen durante la noche por turnos ante el Sacramento, rezando la Liturgia de las Horas y haciendo oración silenciosa.

Fines principales

Los fines de la AN son los mismos de la Eucaristía. Son aquellos fines de la adoración eucarística ya señalados por la Bula *Transiturus* de 1264, por el concilio de Trento, por la *Mediator Dei* o en la *Eucharisticum mysterium*: adorar con amor al mismo Cristo; adorar con Cristo al Padre «en espíritu y en verdad»; ofrecerse con Él, como víctimas penitenciales, para la salvación del mundo y para la expiación del pecado; orar, permanecer amorosamente en la presencia de Aquel que nos ama...

Éstos fines son los que una y otra vez han subrayado los Papas al dirigirse a la AN:

«El alma que ha conocido el amor de su divino Maestro tiene *necesidad* de permanecer largamente ante la Hostia consagrada y de adoptar, en la presencia de la humildad de Dios, una actitud muy humilde y profundamente respetuosa» (Pío XII, *Alocución a la AN*, Roma, AAS 45, 1953, 417).

«La presencia sacramental de Cristo es fuente de amor. Amor, en primer lugar al mismo Cristo. El encuentro eucarístico es un encuentro de amor... Y amor a nuestros hermanos. Porque la autenticidad de nuestra unión con Jesús sacramentado ha de traducirse en nuestro amor verdadero a todos los hombres, empezando por quienes están más próximos» (Juan Pablo II, *Alocución a la AN*, Madrid 31-X-1982).

En la adoración eucarística y nocturna, los fieles se unen profundamente al Sacrificio de la redención —centro absoluto de la vigilia—, acompañan a Je-

sús en su oración nocturna y dolorosa de Getsemaní:

«Quedáos aquí y velad conmigo... Velad y orad, para que no caigáis en tentación... En medio de la angustia, él oraba más intensamente, y su sudor era como gotas de sangre que corrían sobre la tierra» (Mt 26,38.41; Lc 22,44).

Los adoradores alaban al Señor y le dan gracias largamente. Le piden por el mundo y por la Iglesia, por tantas y tan gravísimas necesidades.

«En esas horas junto al Señor, os encargo que pidáis especialmente por los sacerdotes y religiosos, por las vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada» (Juan Pablo II, ib.).

Los adoradores, en las vigili­as nocturnas, permanecen atentos al Señor de la gloria, el que vino, el que viene, el que vendrá.

«¡Felices los servidores a quienes el señor encuentra velando a su llegada!. Yo os aseguro que él mismo recogerá su túnica, les hará sentarse a la mesa y se pondrá a servirles. ¡Felices ellos, si el señor llega a medianoche o antes del alba y los encuentra así!» (Lc 12,37-38).

Los adoradores, perseverando en la noche a la luz gloriosa de la Eucaristía, esperan en realidad el amanecer de la vida eterna, de la que precisamente la Eucaristía es prenda anticipada y ciertísima:

«La sagrada Eucaristía, en efecto, además de ser testimonio sacramental de *la primera venida* de Cristo, es al mismo tiempo un anuncio constante de *su segunda venida* gloriosa, al final de los tiempos.

«Prenda de la esperanza futura y aliento, también esperanzado, para nuestra marcha hacia la vida eterna. Ante la sagrada Hostia volvemos a escuchar aquellas dulces pala-

bras: “venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré” (Mt 11,28)» (Juan Pablo II, ib.).

Fines complementarios

La AN no agota su finalidad con la pura celebración de las vigili­as mensuales. A ella le corresponde también, por Estatutos, *promover otras formas de devoción y culto a la sagrada Eucaristía*, siempre dentro de la comunión de la Iglesia y la obediencia a la Jerarquía apostólica.

Los adoradores, pues, cada uno en su familia, en su parroquia o allí donde puedan actuar —colegios, asociaciones laicales y movimientos, etc.—, han de promover la devoción a la Eucaristía y el culto a la misma. Ésta es la proyección apostólica *específica* de la AN. Otras actividades apostólicas podrán ser cumplidas por los adoradores en cuanto feligreses de una comunidad parroquial o miembros de determinados movimientos laicales. Pero *en cuanto adoradores* han de comprometerse en el apostolado eucarístico. Señalaremos, a modo de ejemplo, algunos de los objetivos que los adoradores deben pretender con todo empeño, con oración insistente y esperanzada, y con trabajo humilde y paciente:

—Practicar con frecuencia *las visitas al Santísimo* y difundir esta preciosa forma de oración. Esto ha de ir por delante de todo. El adorador nocturno ha de ser también un adorador diurno.

—Conseguir que, según lo que dispone la Iglesia (*Ritual 8; Código 937*), *haya iglesias que permanezcan abiertas* durante algunas horas al día, de modo que no se abran sólo para la Misa o los sacramentos. Al menos en la ciudad y también en los pueblos

más o menos grandes, en principio, es posible conseguirlo. Éste es un asunto muy grave. La vida espiritual del pueblo católico se configura de un modo u otro según que los fieles dispongan o no de templos, de lugares idóneos no sólo para la celebración del culto, sino para la oración. El *Ritual de la dedicación de iglesias* manifiesta muy claramente que las iglesias católicas han de ser «casas de oración».

–Procurar la dignidad de los *sagrarios* y *capillas del Santísimo*.

–Fomentar en la parroquia, de acuerdo con el párroco y en unión si es posible con otros adoradores, *algún modo habitual de culto a la Eucaristía fuera de la Misa*: exposiciones del Santísimo diarias, semanales o mensuales, celebración anual de las Cuarenta Horas, o en fin, lo que se estime más viable y conveniente.

–Promover en alguna iglesia de la ciudad alguna forma de *adoración perpetua* durante el día. Los adoradores activos, y también los veteranos, han de ofrecerse los primeros para hacer posible la continuidad de los turnos de vela.

–Cultivar grupos de *tarsicios*, es decir, de adoradores niños o adolescentes: animarles, formarles, guiarles en sus reuniones de adoración eucarística. San Tarsicio, en los siglos III-IV, fue un niño romano, mártir de la Eucaristía.

–*Difundir la devoción eucarística* en colegios católicos, reuniones de movimientos apostólicos, Seminario, ejercicios espirituales, catequesis, retiros y convivencias.

–Procurar que *el Corpus Christi* sea celebrado con todo esplendor, y guarde su identidad genuina, la que es querida por Dios, de tal modo que esta solemnidad litúrgica no venga a desvanecerse, ocultada por otras significaciones –por ejemplo, el Día de la Caridad–. Por muy valiosas que sean estas otras significaciones, son diversas.

Insistamos en lo primero. Si un adorador tiene de verdad amor a Cristo en la Eucaristía, si quiere ser de verdad fiel a su propia vocación, la que Dios le ha dado, ¿cómo podrá limitar su devoción y acción a una vigilia mensual?

Vigilias mensuales

Las vigilias mensuales se celebran normalmente en una iglesia fija, que puede ser una parroquia, un convento o a veces, donde existe, el oratorio propio de la AN. Y tienen «una duración mínima de *cinco horas* de permanencia, incluida la santa Misa». En ocasiones, ese tiempo se verá reducido, cuando, por ejemplo, es el grupo muy pequeño y no es posible establecer varios turnos sucesivos de vela.

En la vigilia un sacerdote celebra la Eucaristía y, si le es posible, administra antes el sacramento de la penitencia a los adoradores que lo desean, les acompaña en la vigilia, y da la bendición final con el Santísimo. Está prevista, sin embargo, la manera de celebrar vigilias sin sacerdote, allí donde por una u otra razón no hay uno disponible.

Notas esenciales de la AN son tanto *la nocturnidad* como *la adoración prolongada*, que para poder serlo se realiza normalmente en turnos sucesivos. Es la modalidad tradicional que el mismo *Ritual* de la Iglesia recomienda, en referencia a comunidades religiosas:

«Se ha de conservar también aquella forma de adoración, muy digna de alabanza, en la que los miembros de la comunidad se van turnando de uno en uno o de dos en dos, porque también de esta forma, según las normas del instituto aprobado por la Iglesia, ellos adoran y ruegan a Cristo el Señor en el Sacramento, en nombre de toda la comunidad y de la Iglesia» (90).

Las vigili­as de la AN se desarrollan siguiendo un *Manual* propio que es bastante amplio y variado –la edición española tiene 670 páginas–, en el que se incluyen un buen número de modelos de vigili­as, siguiendo los tiempos litúrgicos, en las diversas Horas. Recoge también otras oraciones y cantos.

Espíritu

La AN, tras siglo y medio de existencia, tiene un espíritu propio, que está expresado no sólo­mente en sus *Estatutos*, aprobados en cada país por la Conferencia Episcopal, sino también en una *tradición* viva, que trataremos de plasmar a través de varias palabras clave.

–*Vocación*. En la Iglesia todos tienen que amar y ayudar a los pobres, pero no todos tienen que trabajar en Caritas o en instituciones análogas; eso requiere una vocación especial. En la Iglesia todos tienen que rezar y ayudar a las misiones, pero no todos tienen que irse misioneros; sólo aquellos que son llamados por Dios. Etc.

En la Iglesia todos tienen que adorar a Cristo en la Eucaristía. Evidente. No serían cristianos si no lo hicieran; y en las Misas se hace siempre. Pero no todos están llamados a *venerar especialmente la presencia de Cristo en la Eucaristía*, y menos en una larga permanencia comunitaria, nocturna, orante, litúrgica, penitencial. Para eso hace falta una gracia especial, que reciben cuantos fieles cristianos se integran en la AN –o en otras obras análogas centradas en la devoción eucarística–.

–*Fidelidad personal a la vocación*.

No se ingresa en la Adoración por una temporada. Al menos en la intención, el cristiano ha de integrarse en la AN *para siempre*. Entiende que Dios le ha llamado a ella con una *vocación especial*; y que, por tanto, es un don gratuito que el Señor no piensa retirarle, pues quiere dárselo para siempre. En efecto, «los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Rom 11,29).

Los *Estatutos* prescriben la obligación de asistir a las 12 vigili­as mensuales, más a las 3 extraordinarias de Jueves Santo, el Corpus Christi y Difuntos. Pero aún más fuertemente los adoradores se ven sujetos a la perseverancia por un *amor* que quiere ser fiel a sí mismo, y también por una *tradición* de fidelidad muy frecuente. Ha habido adoradores que en cincuenta años no han faltado a una sola vigilia. Si por viaje, enfermedad o por lo que sea no pudieron asistir a su turno, acudieron otro día a otro, como está mandado. En cualquier turno tenemos veteranos cuya fidelidad conmovedora está diciendo a los novatos: “si no piensas perseverar fielmente en la Adoración, no ingreses en ella. Acompáñanos en las vigili­as siempre que quieras, pero no te afilies a la Adoración Nocturna si no piensas perseverar en ella”.

–*Fidelidad comunitaria al carisma original*. De la Cartuja se dice *nunquam reformata, quia nunquam deformata*. Algo semejante podría decirse de la AN: no ha sido reformada desde su origen, porque nunca se ha deformado. Su misma sencillez –de la que en seguida hablaremos– hace posible su perduración secular.

En 1980, en la introducción a las *Bases doctrinales para un ideario de la AN*, Salvador Muñoz Iglesias, consiliario nacional de ANE, escribe: «La Adoración Nocturna en España cumplió cien años [en 1977] sin perder su identidad. Mejor diríamos: cum-

plió cien años porque no perdió su identidad, porque supo ser fiel al ideario que le diera origen». Observación muy exacta..

Cuando el concilio Vaticano II trata de la renovación de los institutos religiosos señala como uno de los criterios decisivos la fidelidad al carisma original: «manténgase fielmente el espíritu y propósitos propios de los fundadores, así como las sanas tradiciones» (PC 2). Una Obra de Iglesia, como lo es la AN, ha de crecer y crecer siempre como un árbol: en una fidelidad permanente a sus propias raíces.

–*Penitencia*. Espíritu de expiación y reparación por los pecados propios y los del mundo. La Eucaristía es un sacrificio de expiación por el pecado del mundo, y no se puede participar verdaderamente de ella sin un espíritu penitencial. En la Eucaristía –tanto en el Sacrificio como en el culto al Sacramento– nos ofrecemos con Cristo al Padre como víctimas expiatorias.

Ya vimos que muchas de las Cofradías del Santísimo más antiguas, como las del siglo XIII, se llamaban Cofradías de Penitentes. También vimos que, concretamente, la Adoración Nocturna ha iniciado su vida coincidiendo con episodios muy duros del Papado. Así fue como se formaron aquellas cofradías y así nace también la AN.

Hay muchos pecados en el mundo y en la Iglesia por los que expiar. Los adoradores, precisamente por su espiritualidad eucarística –sacrificial, por tanto, victimal–, se sienten muy llamados a expiar por los pecados propios y ajenos, sobre todo por los pecados contra la Eucaristía. En los pueblos cristianos, concretamente, muchas blasfemias se dirigen contra ella; muchísimos bautizados viven habitualmente alejados de la Misa, de la comunión, de

toda forma de devoción a la Eucaristía... como si pudiera haber vida cristiana que no sea vida eucarística.

En América, el párroco admirable de una enorme parroquia, comentando unos malos sucesos, nos decía: «Las cosas están mal. Hay muchos males y mucho pecado. Voy a hacer todo lo posible para establecer en mi parroquia la Adoración Nocturna». Es un hombre de fe. Se ve que entiende el mundo y la misión que en él debe cumplir.

Sin un espíritu penitencial firme no se puede perseverar en la AN un mes y otro, año tras año, con frío o calor, con indisposiciones corporales o cansancios, con disgustos y preocupaciones, con viajes, espectáculos y fiestas. Sin espíritu penitencial, no puede haber fidelidad perseverante al compromiso de la Adoración, libremente asumido por amor a Cristo, a la Iglesia y al mundo. Se participará en sus vigiliyas unas veces sí, otras no, subordinando la asistencia a cualquier eventualidad. Y se acabará en la deserción. Es el amor, el amor capaz de cruz penitencial, el único que tiene fuerza para perseverar fielmente.

–*Diversidad de miembros*. En una Misa parroquial se reúnen feligreses de toda edad y condición, pues la Eucaristía –así se entendió desde el principio– es precisamente el sacramento de la unidad de la Iglesia: «siendo muchos, somos un solo cuerpo, porque todos participamos de un solo pan» (1Cor 10,17). Pues bien, es también característico de la Adoración Nocturna, desde sus inicios, que en sus turnos se reúnan en grata fraternidad jóvenes y ancianos, personas cultas y otras ignorantes, médicos, zapateros, funcionarios, campesinos, todos unidos en la

celebración, primero, y en la adoración después de la Eucaristía, el sacramento de la unidad.

En un Discurso al Congreso de Malinas, en 1864, el padre Hermann hacía notar que la AN, que obtuvo un rápido desarrollo en Inglaterra, hubo de superar en primer lugar un *clasismo* cerrado, muy arraigado en aquellas gentes: «La Adoración Nocturna encuentra serios obstáculos en el carácter, costumbres e ideas de este pueblo esencialmente dado a las comodidades materiales, y en el que el respeto por las desigualdades sociales hace muy difícil la fusión de las diferentes clases de la sociedad. Si un inglés de alta alcurnia necesita tener una virtud casi heroica para pasar parte de una noche descansando sobre un colchón duro en exceso, junto a un obrero o al lado de un pequeño comerciante, a éstos no les cuesta menos hallarse en un mismo pie de igualdad tan completa con el gran señor» (Sylvain 246).

—*Gente sencilla*. Por supuesto, hay en la Adoración cristianos muy cultos, económicamente fuertes, políticamente importantes, etc. Pero, ya desde sus comienzos, es evidente que la mayoría de sus miembros son personas socialmente modestas.

Los primeros adoradores de Jesús, el Emmanuel, Dios-con-nosotros, son María y José: personas modestas. Y en seguida, avisados por los ángeles, acuden a adorarle unos pastores: gente humilde. Más tarde, conducidos por la estrella, llegaron los «magos», grandes personajes... Y así viene a ser siempre.

En el Cincuentenario de la AN en Francia, Mr. Cazeaux, en la *Memoria*, hacía recuerdo de aquel primer grupo de diecinueve adoradores, en su mayoría gente muy modesta. «¿A quién se dirige [nuestro Señor] para realizar sus designios, especial-

mente para la realización de las obras que más caras le son, que más le interesan? A los pequeños, a los humildes, a los menospreciados por el mundo. Claro está que veremos también [en la AN] a personas notables y distinguidas, pero el grueso de la tropa se compone de simples empleados y de obreros ignorados por el mundo.

«Y todavía continúa siendo lo mismo. Entre todas las parroquias de París, las más fervientes y las que dan el mayor número de adoradores son las parroquias de los arrabales. En ellas los obreros, que todo el día se han afanado en el trabajo, no regatean la noche a Nuestro Señor, y se ve a algunos que dejan la adoración de madrugada, antes de la primera Misa, que ni siquiera pueden oír, porque deben hallarse temprano en la reanudación del trabajo» (Sylvain 432-433).

—*Sencillez*. En la AN todo es muy sencillo. Ésa es una de las razones por la que se manifiesta válida para personas, para espiritualidades y para naciones muy diversas.

Es muy sencilla —sustancial y universal— la doctrina espiritual que la sustenta. De hecho, es asumida por personas de filiaciones espirituales muy diversas. Es sencilla su organización interna: un Consejo Nacional, un Consejo Diocesano, presidentes de sección, jefes de turno.

Es sencilla la estructura de sus vigiliat nocturnas: breve reunión, rosario y confesiones, santa Misa, turnos de vela en los que se alterna el rezo de las Horas y la oración en silencio, más una Bendición final.

Antes hemos citado al Vaticano II, que exige a los institutos religiosos un retorno constante «a la primitiva inspiración». Pero el concilio también les exige para su adecuada renovación «una adaptación a las cam-

biadas condiciones de los tiempos» (PC 2). Pues bien, por lo que se refiere a los modos de celebrar las vigili­as nocturnas de la Adoración, se comprende que unas celebraciones tan perfectas en su sencillez hayan perdurado en su forma durante tantos años.

Al menos en lo substancial, ¿qué habría que añadir, quitar o cambiar en un orden tan armonioso, tan simple y perfecto, y tan probado además por la experiencia?... Cristianos ajenos a la AN *sienten*, a veces, la necesidad de introducir en ella grandes cambios. Pero, curiosamente, quienes son miembros de ella y la viven, normalmente, *no sienten* la necesidad de tales cambios, sino que *se sienten* muy bien en ella, tal como es.

Algunos cambios, sin embargo, se han hecho al paso de los años, y se han cumplido, sin duda, en buena hora: paso del latín a la lengua vernácula, abandono progresivo de algunos símbolos militares o cortesanos perfectamente legítimos, pero que han ido quedando alejados de la sensibilidad de nuestro tiempo.

Si la AN acentuase ciertos aspectos de la espiritualidad cristiana —lo que, por otra parte, sería perfectamente legítimo: en tantas obras católicas se dan, por la gracia de Dios, esas acentuaciones—, vendría a ser un camino idóneo para ciertas espiritualidades, pero no para otras; para ciertos tiempos o lugares, pero no para otros.

Por el contrario, la noble sencillez de la AN, en sus líneas esenciales, es idónea para acoger —y de hecho acoge— a personas, grupos o naciones de muy diversos talentos y espiritualidades. Concretamente, el orden fundamental de sus vigili­as, tanto por *la calidad absoluta* de sus ingredientes —Misa, adoración del Santísimo, rezo de las Horas, oración silenciosa, permanencia noc-

turna—, como por *el orden armonioso* que los une, goza de una perfecta sencillez, que le permite perdurar pacíficamente al paso de los años y de las generaciones en muchas naciones.

En 1848, hace ciento cincuenta años

—En 1848 se publica el *Manifiesto comunista*. Es elaborado por el judío *Karl Heinrich Marx* (1818-1883) y por Friedrich Engels (1820-1895). Marx nace en Tréveris, al noroeste de Alemania, cerca de Luxemburgo. Estudia derecho, pero pronto, bajo el influjo de Hegel (1770-1831), se dedica a la filosofía, y más tarde a la economía y la política. El marxismo, que de él deriva, se extendió desde entonces por gran parte del mundo, y tuvo su mayor fuerza en la Unión Soviética.

Según un informe de la KGB, de 1994, cuarenta y dos millones de rusos fueron asesinados por los comunistas entre 1928 y 1952. El número de muertos por el comunismo se amplía enormemente si se mira el conjunto de las naciones en que estuvo vigente: «el total se acerca a la cifra de cien millones de muertos» (AA.VV., *El libro negro del Comunismo*, Planeta-España 1998, 18). En 1989, con la caída del muro de Berlín, decayó en gran medida el poderío del comunismo.

—En 1848, asimismo, se inicia la *Adoración Nocturna*. Es fundada por el judío converso *Hermann Cohen* (1810-1870), nacido en Hamburgo, al norte de Alemania, a unos 500 kilómetros de Tréveris.

La AN, que la gracia de Dios inició y mantiene, ha dado excelentes frutos entre los laicos, ha suscitado un gran nú-

mero de vocaciones sacerdotales y religiosas, y está hoy presente, y con buena salud, en treinta y cinco naciones.

Sóloamente en España, la AN tiene ya diez *Beatos* que fueron adoradores, el último el gitano Ceferino Giménez Malla, «El Pele»; en tanto que otros *doce están en proceso de beatificación*. Uno de ellos, Alberto Capellán Zuazo, ha sido declarado recientemente «venerable».

Dios lo quiere

Actualmente la AN en unos lugares crece y florece, y en otros languidece y disminuye. Esta alternativa puede explicarse sin duda por *condicionamientos externos*, por situaciones de Iglesia, como los que hemos considerado antes al hablar de la sacralidad y la secularización. Pero aún más se debe a *causas internas*, es decir, al espíritu de los mismos adoradores. En éstas centramos ahora nuestra atención.

La AN decae y disminuye allí donde el amor a la Eucaristía se va enfriando en sus adoradores; donde una adoración de una hora resulta insoportable; donde los adoradores, entre una y otra vigilia, no visitan al Señor en los días ordinarios; donde la oración es muy escasa, y no se pide suficientemente a Dios nuevas vocaciones de adoradores, ni se procuran éstas con el empeño necesario; donde se acepta con resignación que las iglesias estén siempre cerradas, aún allí donde podrían estar abiertas...

Los adoradores que están en este espíritu aceptan ya, sin excesiva pena, la próxima desaparición de la AN en su parroquia o en su diócesis, atribuyendo principalmente esa pérdida a causas externas, sobre todo a la

falta de colaboración de ciertos sacerdotes. Y no se dan cuenta de que son ellos mismos, los adoradores con muy poco espíritu de adoración, los que amenazan disminuir la AN hasta acabar con ella.

La AN, por el contrario, crece y florece allí donde los adoradores mantienen encendida la llama del amor a Jesús en la Eucaristía, y viven con toda fidelidad las vigilias tal como el *Manual* y la tradición las establecen; allí donde los adoradores adoran al Señor no sólo de noche, una vez al mes, sino también de día, siempre que pueden; allí donde piden al Señor nuevos adoradores con fe y perseverancia; allí donde difunden la devoción eucarística y procuran con todo empeño que las iglesias permanezcan abiertas...

Donde más se necesita actualmente la AN—o cualquier otra obra eucarística—es precisamente allí donde la devoción a la Eucaristía está más apagada. Allí es donde más quiere Dios que se encienda poderosa la llama de la AN. Si los adoradores, fieles al Espíritu Santo, con oración y trabajo, procuran el crecimiento de la Adoración, empezando por vivirla ellos mismos con toda fidelidad, la AN crece: ellos plantan y riegan, y «es Dios quien da el crecimiento» (1Cor 3,6).

Dios ha concedido por su gracia a la Adoración Nocturna ciento cincuenta años de vida en la Iglesia. Que Él mismo, por su gracia, le siga dando vida por los siglos de los siglos. Amén.

3

Las vigilias mensuales

Importancia del *Manual de la Adoración Nocturna*

La AN concentra su identidad en la celebración mensual de las *vigilias* nocturnas. El adorador se compromete a asistir durante el año a doce vigilias mensuales y a tres extraordinarias: Jueves Santo, Corpus y Difuntos.

Las vigilias, en principio, podrían celebrarse de modos muy diversos: podrían ser más largas, con más lecturas o con silencios mayormente prolongados, o más breves, como una *Hora santa*, más didácticas o con menos elementos de formación, con más o menos rezos comunitarios, con mayor o menor solemnidad en las formas, etc. Pues bien, *las vigilias de la Adoración Nocturnas han de celebrarse siguiendo con fidelidad lo que prescribe su propio Manual*, de uso en todos los grupos, aunque ciertas acomodaciones vendrán a veces exigidas por las circunstancias internas del grupo o por condicionamientos externos.

No es raro hoy, con tantos viajes y con calendarios de actividades a veces tan apretados, que los adoradores no puedan asistir una noche a su turno, sino que ese mes deban hacer su vigilia en otro. Es hermoso que en diversos tur-

nos, ciudades e incluso países, hallen una forma común de celebrar las vigilias nocturnas de adoración.

Y esta uniformidad aún tiene otra razón más profunda: la vigilia se ordena con un rito propio, en todas partes el mismo,

y siempre el rito «implica por sí mismo *repetición tradicional*, serenamente previsible. Así es como el rito sagrado se hace cauce por donde discurre de modo suave y unánime el espíritu de cuantos en él participan. Así se favorece en el corazón de los fieles la concentración y la elevación, sin las distracciones ocasionadas por la atención a lo no acostumbrado» (J. Rivera-J.M. Iraburu, *Síntesis de espiritualidad católica*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 1994⁴, 96).

Por eso, quienes en sus vigilias, sin razón suficiente, alteran un poco el *Manual*, alteran un poco la AN. Sin embargo, en algunos casos, ciertas variaciones, vienen obligadas por las circunstancias: muy reducido número de adoradores, carencia de una sala de reunión, frío en la iglesia, etc. Y como se comprende, están justificadas. Hay, pues, que cumplir lo establecido en la AN *lo mejor que se pueda*. No más.

Pero quienes *arbitrariamente* configuran sus vigilias en modos diversos a los del *Manual*, aunque realicen provechosas y bellas celebraciones –sugeridas quizá por un sacerdote bienintencionado, pero que apenas conoce la AN, o propuestas por algún adorador–, abandonan la AN. Ésta es *una asociación de fieles*, con su propia forma y tradición, a la que los cristianos se afilian libremente, y que se rige por Estatutos aprobados por la Iglesia y por normas concretas de acción y celebración.

La Liturgia de las Horas

La Liturgia de las Horas es la oración de la Iglesia, la oración más sagrada y santificante de todo el pueblo de Dios; es, como dice el Vaticano II, «la voz de la misma Esposa que habla al Esposo; más aún, es la oración de Cristo, con su Cuerpo, al Padre» (SC 84).

Como es sabido, durante muchos siglos fue la oración habitual de las comunidades cristianas. De suyo, pues, las *Horas* litúrgicas son de los laicos tanto como lo es la *Misa*. Pero más tarde, por una serie de circunstancias, fue quedando su rezo relegado, en la práctica, a sacerdotes y religiosos.

Por tanto, cuando el concilio Vaticano II recomienda «*que los laicos recen el Oficio divino* o con los sacerdotes o reunidos entre sí, e incluso en particular» (SC 100), toma una decisión de extraordinaria importancia para la espiritualidad cristiana laical. Así lo han entendido muchas asociaciones seglares y muchos laicos en particular, que en los últimos años han ido asumiendo el rezo de las Horas, sobre todo de *Laudes* y *Vísperas*, que son «las Horas principales» (SC 89).

Pues bien, eso es lo que hace mucho tiempo venían haciendo en todas partes los laicos de la Adoración Nocturna. Por eso los adoradores hoy han de seguir recitando o cantando las Horas –*Vísperas*, el Oficio de lecturas, *Laudes*– con un fervor renovado, es decir, con una acrecentada conciencia de la maravilla que supone rezar la Liturgia de las Horas en unión con Cristo, su protagonista celestial, y en el nombre de la Iglesia.

Las Horas, en todo caso, han de ser

rezadas con pausa, sin prisa, con atención, con toda devoción:

«Por eso se exhorta en el Señor a los sacerdotes y a cuantos participan en dicho Oficio [divino] que, al rezarlo, la mente concuerde con la voz y, para conseguirlo mejor, *adquieran una instrucción litúrgica y bíblica más rica, principalmente acerca de los salmos*» (SC 90).

Esquema de una vigilia

Pero expongamos ya el orden que el *Manual de la Adoración Nocturna de España*, en la edición de 1996, establece para la celebración de una vigilia. Señalamos entre paréntesis los tiempos que a cada acto se calculan, aunque son bastante variables, según se hagan pausas más o menos largas, se canten algunas partes, etc.

–(30') *Reunión previa*, en una sala, normalmente.

–(20') *Rosario*, en la misma sala o ya en la iglesia.

–(20') *Vísperas*, en la iglesia.

–(45') *Eucaristía*, que termina con la exposición del Santísimo.

–(60'+60'+...) *Turnos de vela*. El número de turnos dependerá del número de adoradores. En cada turno: Oficio de lectura (25') y oración personal (35').

La Eucaristía y los turnos de vela forman el corazón mismo de la vigilia, y deben por tanto celebrarse con la mayor plenitud posible. Es importante tener presente esto cuando la necesidad obligue a suprimir o abreviar alguna otra parte de la vigilia. Durante el turno de vela, unos lo cumplen en la iglesia, mientras los demás están en una sala aparte.

–(30') *Laudes* y *Bendición eucarística*, todos reunidos de nuevo.

Se termina con un canto y oración a la Virgen.

Comento brevemente cada parte, ateniéndome a lo que dispone el *Manual*.

Reunión previa

No es, por supuesto, el centro de la vigilia de la AN, y por eso ha de tenerse cuidado para que no se alargue indebidamente, restando tiempo a las partes más importantes.

Se inicia la reunión previa con la colocación de las insignias y la oración: *Señor, tu yugo...*

En ella, en seguida, se preparan los detalles de la vigilia; se distribuyen las funciones, según el número de asistentes, procurando que en lo posible actúen varios: salmista, lector, cantor, acólito, etc; se comunican y comentan avisos y noticias, con la ayuda quizá de la hoja o boletín de la AN en la diócesis; se repasa la lista de los asistentes, anotando presencias y ausencias; se distribuye la composición de los turnos; se expone *el tema* de meditación o formación.

El tema puede ser leído o expuesto por el director espiritual, por uno de los responsables del turno o por alguno de los adoradores. Puede emplearse como base textos ofrecidos por el Consejo Nacional de la AN, por el Consejo Diocesano, elegidos por el director espiritual o por el mismo grupo: números, por ejemplo, del *Catecismo de la Iglesia Católica*, comentarios litúrgicos a la fiesta del día, una o dos páginas de un libro de espiritualidad eucarística, etc. Un diálogo posterior, aunque no necesario, puede ser sin duda muchas veces provechoso.

El responsable del grupo –jefe de turno, secretario, etc.– debe moderar y

conducir la reunión adecuadamente. No conviene, al menos normalmente, que la reunión previa sobrepase la media hora. Ello iría normalmente en detrimento de las partes principales de la vigilia.

Rosario y confesiones

Aunque el *Manual* no prescribe el rezo en común del Rosario, sí lo recomienda, y de hecho suele rezarse en la gran mayoría de los grupos. La AN es muy mariana: no olvida nunca que el *Corpus Christi* que adora es el nacido de la Virgen María –«*corpus datum, corpus natum ex Maria Virgine*»–; y que Ella, con san José y los pastores, fue la primera y la mejor adoradora de Jesús. Es normal, pues, que ya desde el principio los adoradores invoquen para la vigilia la asistencia espiritual de su gloriosa Madre.

El Rosario puede ser rezado al principio, en la sala de reunión, o cuando los adoradores van a la iglesia –suele ser lo más común–; o más tarde en la sala, mientras otros están haciendo en la iglesia el turno de vela. Lo importante es que se rece.

La confesión, durante el Rosario o en otro momento conveniente, es también una parte no obligada, pero muy preciosa. Para muchos adoradores es la manera mejor para asegurar una vez al mes el sacramento de la penitencia. Así lo decía Juan Pablo II a la AN de España:

La piedad eucarística «os acercará cada vez más al Señor. Y os pedirá el oportuno recurso a la confesión sacramental, que lleve a la Eucaristía, como la Eucaristía lleva a la confesión. ¡Cuántas veces la noche de adoración silenciosa podrá ser también el momento propicio del encuentro con el perdón sacramental de Cristo!» (31-X-1982).

Vísperas

En la Liturgia de las Horas la oración de las *Vísperas* se celebra al terminar el día, «en acción de gracias por cuanto se nos ha concedido en la jornada y por cuanto hemos logrado realizar con acierto» (*Ordenación gral. LH 39a*).

Tal como suelen celebrarse actualmente las vigiliias de la AN, las *Vísperas* llegan un poco tardías, es cierto; en tanto que, por el contrario, el rezo de Laudes, llega normalmente demasiado temprano. Pero esto no tiene mayor importancia. En efecto, rezar en comunidad litúrgica la oración de la Iglesia, aunque no sea en su momento exacto del día, vale mucho más que hacer otros rezos no litúrgicos, por dignos que éstos puedan ser.

Por lo demás, la Iglesia *no manda, sino aconseja* «que en lo posible las Horas respondan de verdad al momento del día... Ayuda mucho, tanto para santificar realmente el día como para recitar con fruto espiritual las Horas, que la recitación se tenga en el tiempo más aproximado al verdadero tiempo natural de cada Hora canónica» (*Ordenación gral. LH 11*).

A ciertos objetantes del tiempo de las Horas en la AN actual convendría recordarles aquello de Cristo: «coláis un mosquito y os tragáis un camello» (Mt 23,24).

Celebración de la Eucaristía

La celebración del Sacrificio eucarístico es, indudablemente, el centro absoluto de toda vigilia de la AN, como es el centro y el culmen de toda existencia cristiana, personal o comunitaria (Vat. II: LG 11a; CD 30F; PO 5bc, 6e; UR 6e). La reunión previa, el Rosario,

la confesión penitencial, la acción de gracias de las *Vísperas*, todo ha de ser una *preparación* cuidadosa para la Misa; y del mismo modo, la adoración posterior del Sacramento y el rezo final de los Laudes han de ser la *prolongación* más perfecta de la misma Misa.

El momento ideal de la Misa es, como hemos dicho, al principio de la vigilia, de tal modo que la adoración eucarística *derive*, incluso sensiblemente, del Sacrificio. Sin embargo, la escasez de sacerdotes u otras circunstancias pueden obligar a celebrar la Misa al final de la vigilia. O quizá incluso *antes* de la vigilia –por ejemplo, una Misa parroquial de fin de tarde–, para iniciar *después*, pero partiendo de esa Misa, la celebración de la vigilia. Hágase en cada caso lo que mejor convenga. Pero eso sí, entendiendo bien el sentido y el valor de cada parte de la vigilia y del conjunto total de la misma.

En la celebración misma de la Eucaristía participamos del Sacrificio de Cristo, ofreciéndonos con él al Padre, para la salvación del mundo; adoramos su Presencia real; comulgamos su Cuerpo santísimo, pan vivo bajado del cielo.

Es posible, y a veces será conveniente, celebrar en la vigilia de forma *unida* las *Vísperas* y la Eucaristía. Pero otras veces convendrá celebrarlas en forma *separada*. Así cada una conserva toda su plenitud y armonía. Y por lo demás, la noche es larga... No hay prisa. La prisa es totalmente ajena al espíritu de la AN.

Oración de presentación de adoradores

Para las diversas semanas o los tiempos litúrgicos cambiantes, el *Manual* ofrece varios modelos de «*oración de presentación de adoradores*», todos

los cuales tienen algo en común: su profundidad teológica y su notable belleza espiritual.

Si alguien quiere enterarse bien de lo que significa y hace la AN, lea y medite con atención estas oraciones en sus diversos modelos. En ellas se confiesan, de maravillosa forma orante, todos los fines de la adoración eucarística, y concretamente de la AN.

Turnos de vela

Con la *Oración de presentación* y el *Invitatorio* se inician los turnos de vela. Cuando un cierto grupo de la AN se compone, por ejemplo, de veintiún miembros, lo normal es que se repartan en tres turnos de vela, siete en cada uno. O que se establezcan al menos dos turnos, de diez y once adoradores. No olvidemos que la AN asume como fin *velar en la noche* prolongadamente ante el Santísimo.

«Cada turno de vela es de *una hora*». De esa hora, más o menos, una mitad se ocupa en el rezo del Oficio de lecturas, y la otra mitad en la oración personal silenciosa.

—El *Oficio de lectura*, lo mismo que *Laudes* y *Vísperas*, es una parte de la Liturgia de las Horas. En las vigiliass de la AN es, en concreto, la parte más directamente heredera de las antiguas *vigilias* de oración en la noche. De hecho, en la renovada Liturgia de las Horas, el Oficio de lectura conserva su primitivo acento de «alabanza nocturna», aunque está dispuesto de tal modo que pueda rezarse a cualquier hora del día (*Ordenación gral. LH 57-59*).

La AN —esta vez sí— celebra el Oficio de lectura en la hora nocturna que

le es más propia y tradicional. Es ésta una Hora litúrgica bellísima, meditativa, contemplativa, alimentada por los salmos, la Sagrada Escritura y la lectura de «las mejores páginas de los autores espirituales» (*ib.* 55). En las vigiliass, esta Hora, más aún, está alimentada por la presencia real del mismo Cristo, que es Luz y Verdad, Camino y Vida.

El *Manual* ofrece un buen elenco de elegidas lecturas. Pero puede ser muy conveniente, para aumentar la variación, la riqueza y la adecuación exacta al momento del año litúrgico, hacer aquellas lecturas exactas de la Biblia y de los autores eclesiásticos que la Liturgia de las Horas dispone precisamente para el día en que se celebra la vigilia. Bastará para ello el *breviario* del sacerdote; o que el turno disponga de un ejemplar de las Horas oficiales; o ayudarse de otros libros, como *Sentir con los Padres*, que traen esas lecturas oficiales de las Horas (Regina, Barcelona 1998).

—*La oración personal* silenciosa, una vez rezado el Oficio de lectura, mantiene al adorador en oración callada y prolongada ante la presencia real de Jesucristo, sobre el altar, en la custodia. Para muchos adoradores es éste el momento más precioso de toda la vigilia. Sí, la Misa y el rezo de las Horas son aún más preciosos, de suyo, por supuesto; pero eso quizá ya el adorador lo tiene todos los días a su alcance. Por el contrario, ese tiempo largo, nocturno y silencioso en la presencia real de Cristo, el Amado, oculto y manifiesto en la Eucaristía, es *un tiempo sagrado*, que ha de ser gozado y guardado celosamente, no permitiendo que en modo alguno sea abreviado sin razón suficiente. De lo contrario, se acabaría matando la AN.

Ya hemos dicho lo que dispone el *Manual*: «cada turno de vela es de una hora». Si el Señor nos da 24 horas cada día, y unos 30 días todos los meses, ¿será mucho que una vez al mes le entreguemos a Él, inmediata y exclusivamente, *una hora*, una hora de sesenta minutos? Tanto si en ella estamos gozosos o aburridos, como si estamos despiertos o adormilados, el caso es que, ante la custodia, nos entreguemos al Señor fielmente y con todo amor *una hora al mes*.

Es cierto que, en determinadas condiciones, quizá convenga reducir ese tiempo. Y esa reducción será buena y conveniente cuando se realiza por *razones válidas*. Pero no si se hace por falta de amor o de espíritu de sacrificio. Cristo, como hizo con sus más íntimos, Pedro, Santiago y Juan, nos ha llevado consigo en la noche a orar en el Huerto. Que no tenga que reprocharnos como a ellos: «no habéis podido velar conmigo *una hora*?» (Mt 26,40).

En el turno de vela los adoradores, orando con la Liturgia o en silencio ante el Santísimo, cobran en la noche una especial conciencia de estar representando a la santa Iglesia y a todos los hombres de buena voluntad. Una vez al mes, es *un tiempo prolongado* para alabar al Señor y darle gracias por tantos beneficios materiales y espirituales recibidos por nosotros y por los demás hombres. Es un tiempo para pedir por la familia, por la parroquia, por la diócesis, por las personas conocidas más necesitadas, por las vocaciones sacerdotales y religiosas, por las misiones, etc. Y también un tiempo para ex-

piar el pecado del mundo, como claramente se indica en el rezo de las *Preces expiatorias*.

Laudes

Concluidos los turnos sucesivos, los adoradores que estaban descansando en la sala se unen a quienes terminan su tiempo de vela, y todos juntos, asumiendo de nuevo la oración litúrgica de la Iglesia, rezan los Laudes.

Esta Hora, cuyo tiempo más apropiado es el amanecer, celebra especialmente «la resurrección del Señor Jesús, que es la luz verdadera que ilumina a todos los hombres, y el sol de justicia, que nace de lo alto (Jn 1,9; Mal 4,2; Lc 1,78)» (*Ordenación gral. LH 38*). En los Laudes suele predominar –y de ahí el nombre– el impulso de la alabanza, especialmente en los salmos.

El *Manual* ofrece la posibilidad de que en lugar de los Laudes, donde así se estime conveniente, se recen Completas, otra de las Horas litúrgicas.

Bendición final

Si la vigilia ha sido presidida por un sacerdote o un diácono, termina, como la Misa, con una *bendición*. Cristo mismo, en el signo de la cruz sacrificial, por mano de su ministro, bendice a los adoradores que le han acompañado esa noche con amor.

«Al acabar la adoración, el sacerdote o diácono se acerca al altar, hace genuflexión sencilla, se arrodilla a continuación, y se canta un himno u otro canto eucarístico. Mientras tanto, el ministro arrodillado inciensa el Santísimo Sacramento, cuando la exposición tenga lugar con la custodia» (*Ritual 97*).

Si no hay sacerdote o diácono, no se da la bendición, y uno de los adoradores recoge sencillamente el Santísimo en el sagrario. La Iglesia le autoriza a hacerlo (*Ritual* 91).

La vigilia termina con un canto y oración a la Virgen María, de la que nació el *Corpus Christi* adorado esa noche. Y con *el lema* propio de la AN:

–*Adorado sea el Santísimo Sacramento*. Sea por siempre bendito y alado

–*Ave María Purísima*. Sin pecado concebida.

Apéndice

La Adoración Nocturna Española

La ANE está presente en casi todas las diócesis de España, como puede apreciarse en la siguiente relación de Consejos Diocesanos.

Albacete 02080, Julio Rodríguez Hernández, ANE, Apto. 978. Tfn. 967-224339.

Alcalá 28807, Rafael Pinilla Cobos, Parque San Fernando 9, 2º. Tfn. 91-8807150.

Almería 04003, Rafael Romero Castro, Arco 1. Tfn. 950-238779.

Astorga 24700, Secundino Fernández Fernández, El Peso 15, 3º, D. Tfn. 987-615753.

Avila 05080, Mariano García Pindado, Apto. 91. Tfn. 920-222422.

Badajoz 06005, Daniel Fernández Gómez, Av. Colón 11. Tfn. 924-237970.

Balaguer 25600, Fray Alfredo Guar, Urgel 1. Tfn. 973-445050.

Barbastro 22300, Enrique Artasona Castellón, Fonz 7. Tfn. 974-310997 / 310864.

Barcelona 08010, Enrique Blesa Canteura, Lauria 7. Tfn. 93-3015444 / 2293466.

Bilbao 48001, Benjamín Cuesta Jimeno, Colón de Larreategui 17. Tfn. 94-4240775 / 4532481.

Burgos 09003, Antonino Romero Alonso, Almirante Bonifaz 17. Tfn. 947-205959.

Cáceres 10004, Isidro Martín Masa, Av. Virgen de la Monaña 1, 5º A. Tfn. 927-226441.

Cádiz 11005, Antonio Llaves Villanueva, Plaza Candelaria 3, 3º B. Tfn. 956-287676.

Ciudad Real 13001, Eduardo Moreno Gómez, Postas 2. Tfn. 926-224043 / 224142.

Ciudad Rodrigo 37500, Leandro Santos Muñoz, Wetones 25, 2º A. Tfn. 923-461565.

Córdoba 14080, Consejo Diocesano A.N.E. (Rafael de Miguel Lubián), Apto. 374. Tfn. 957-472760.

Cuenca 16003, Manuel Calzada Canales, Av. Castilla-La Mancha 3, 3º dcha. Tfn. 969-212801.

El Ferrol 15402, Guillermo Leira Evia, Tierra 48. Tfn. 981-313918.

Gerona 17005, Pedro Plana Pujol, Canonge Rovira 8. Tfn. 972-204986 / 205304.

Getafe 28901, Héctor Palencia Roldán, Jardines 3. Tfn. 91-6953425.

Granada 18002, Luis Alcalá-Galiano Pérez, Misericordia 1. Tfn. 958-279052 / 818621.

Guadalajara 19001, Angel Simón Muñoz, Mayor 23. Tfn. 949-212488.

Guadix 18500, José Luis Campoy Gómez, Ancha 43, 1º. Apt. 45. Tfn. 958-

Huelva 21001, José Antonio Fuentes Ortega, Rascón 23, 4º, A. Tfn. 959-246830.

Huesca 22005, José Luis Estallo Lacasta, Av. Los Monegros 16. Tfn. 974-243761 / 244853.

Ibiza 07800, Mariano Guasch Cañas, Madrid 62, 1º, 1. Tfn. 971-315466.

Jaca 22700, Fernando Puig Nuez, Av. Juan XXIII, 34, 4º D. Tfn. 974-361546 / 362350.

Jaén 23007, Ernesto Aguilar Azañón, Maestre Bartolomé 5. Tfn. 953-251970.

Jerez, Pedro Holgado Retes, Nueva 10, 11650 Villamartín, Cádiz. Tfn. 956-73108 / 95-4641038.

La Laguna 38201, Rafael González Bohórquez, Nuñez de la Peña 3, 3º Dcha. Tfn. 922-255133.

Las Palmas 35001, Clemente Reyes Linares, Dr. Chil 17. Tfn. 928-332280.

León 24080, Feliciano Rodríguez Martínez, A.N.E., Apt. 385. Tfn. 987-251634.

Lérida 25006, Salvador Sanou Morell, Cristóbal Bolera 4. Tfn. 973-272601.

Logroño 26003, Fernando Barcina Mateo, Jorge Vigón 22 B, 6º N. Tfn. 941-233470.

Lugo 27080, José María Iglesias Fouce, Apt. 348. Tfn. 982-241893.

Madrid 28004, Francisco Garrido Garrido, Barco 29. Tfn. 91-5226938.

Mahón 07002, Francisco J. Jansa Martos, Casa de la Iglesia, Plaza Reial 10. Tfn. 971-

Málaga 29080, Bartolomé Ordóñez Guerrero, A.N.E., Apt. 35. Tfn. 95-2222265 / 2273013.

Manresa 08240, Joaquín Riera Bardia, Bernat Oller 12. Tfn. 93-8728220.

Murcia 30080, Andrés J. Campillo Veguillas, A.N.E., Apt. 4458. Tfn. 968-213054.

Orihuela 03300, Fernando García Cabrera, Apt. 76. Tfn. 96-5301404.

Orense 32080, Hipólito Alonso Souto, Apt. 223. Tfn. 988-244859.

Oviedo 33006, José Manuel García Méndez, Guillermo Estrada 9, 10º B. Tfn. 985-255450.

Palencia 34080, Fernando Suazo Hereidia, Apt. 232. Tfn. 979-722119.

Plasencia 10600, Juan Roco Fernández, Av. del Ejército 20. Tfn. 927-410834.

Palma de Mallorca 07012, Santiago Amer Pol, Concepción 7. Tfn. 971-725751.

Pamplona 31192, Jesús Echavarren, Concejo de Ardanaz 16, 1º dcha., Mendillorri. Tfn. 948-161717.

Salamanca 37001, Juan Manuel Alonso Montero, Paseo de Canalejas 21-25. Tfn. 923-269015.

San Sebastián 20080, Ricardo Furriel Vázquez, Apt. 61. Tfn. 943-461963.

Santander 39080, Ceferino Gutiérrez Fernández, A.N.E., Apt. 450. Tfn. 942-232708.

Santiago de Compostela 15701, Agustín Vázquez Peña, A.N.E., Plaza de la Quintana s/n, Of. Archicofradía Apóstol Santiago. Tfn. 981-582093.

Segorbe 12400, Lorenzo Pérez Soriano, Colón 7. Ramón y Cajal 1, puerta 2, 1A. Tfn. 964-110131.964-110131.

Segovia 40002, Miguel Angel del Frutos Solana, Ramón y Cajal 1, puerta 2, 1A. Tfn. 921-437271.

Sevilla, Rafael Aguilar García, Carreras 2, 2º, 41400 Ecija. Ramón y Cajal 1, puerta 2, 1A. Tfn. 964-110131.95-4832974.

Soria 42003, Arturo Valverde Jurjo, A.N.E., Casa Diocesana, San Juan 5. Ramón y Cajal 1, puerta 2, 1A. Tfn. 964-110131 /

975-211848.

Tarazona 50500, Mariano Martínez Zubeldía, Canuela 4, 2º izd. Ramón y Cajal 1, puerta 2, 1A. Tfn. 964-110131.976-641529.

Tarragona 43201, Antonio Bosque Anglés, Rambla Nova 122,2º. Tfn. 977-211196.

Tárrega 44001, Sebastián Farré Marbá, Maestro Martí 9. Tfn. 973-311053.

Teruel 44001, José Rafael Baguena Górriz, San Martín 9, 1º B. Tfn. 978-600958.

Toledo 45001, Pedro García-Asenjo Sánchez-Largo, Sierpe 12. Tfn. 925-222145.

Tortosa 43500, Buenaventura Vicent Ciurana, Sabina 14, 5. Tfn. 977-441897.

Tudela 31500, Julio Vicente Zubiría, Ga-yarre 14, esc. 1, 2º A. Tfn. 948-821789.

Valencia 46003, Angel Orduña Alberola, Trinquete Caballero 6. Tfn. 96-3918872 3852217.

Valladolid 47006, José María Martín Carpintero, P. Francisco Suárez 2, C, 13º dcha. Tfn. 983-339562.

Vigo 36280, Eugenio Gonzalo Dávila Dávila, A.N.E., Apt. 484. Tfn. 986-438805.

Vitoria 01080, Saturnino Lezáun Vélaz, A.N.E., Apt. 81. Tfn. 945-289576.

Zamora 49080, Jesús Manuel Felipe Figueroa, A.N.E., Apt. 242. Tfn. 980-522088.

Zaragoza 50004, Jesús García Ortigosa, Av. de Madrid 33, 7º B. Tfn. 976-438026.

Un buen número de estas direcciones van cambiando al renovarse en los Consejos diocesanos los cargos. Son, sin embargo, útiles datos de referencia. En todo caso, las direcciones diocesanas pueden encontrarse siempre actualizadas en el

Consejo Nacional de la A. N. E., Carranza 3, 2º dcha. - 28004 Madrid. Tfn. 91-5932445 y 91-4465726; fax 91-4465726.

Indice

La adoración eucarística

BIBLIOGRAFÍA, 3.

1. Historia

Centralidad de la Eucaristía, 1. –Reserva de la Eucaristía, 2. –La adoración eucarística dentro de la Misa, 2. –Primeras manifestaciones del culto a la Eucaristía fuera de la Misa, 2. –Aversión y devoción en el siglo XIII, 3. –Santa Juliana de Mont-Cornillon y la fiesta del Corpus Christi, 5. –Celebración del Corpus y exposiciones del Santísimo, 6. Las Cofradías eucarísticas, 7. –La piedad eucarística en el pueblo católico, 7. –Congregaciones religiosas, 8. –Congresos eucarísticos, 9. –La piedad eucarística en otras confesiones cristianas, 9.

2. Doctrina espiritual

–Maestros espirituales de la devoción a la Eucaristía, 10. –Frutos de la piedad eucarística, 13. –¿Deficiencias en la devoción eucarística?, 14. –Hubo deficiencias, 16. –Deficiencias del lenguaje piadoso, 17. –Deficiencias históricas, 17. –Renovación actual de la piedad eucarística, 18. –Diversas modalidades de la presencia de Cristo en su Iglesia, 18. –El fundamento primero de la adoración, 19. –Sacrificio y Sacramento, 20.

–Devoción eucarística y comunión, 20. –Adoración eucarística y vida espiritual, 21. –Adoración y ofrenda personal, 21. –Adoración y súplica, 22. –Adoremos a Cristo, presente en la Eucaristía, 22. –Sagrarios dignos en iglesias abiertas, 24. –Devoción eucarística y esperanza escatológica, 25. –Los sacerdotes y la adoración eucarística, 26. –La devoción eucarística después del Vaticano II, 27. –Secularización o sacralidad, 28.

II.–La Adoración Nocturna

BIBLIOGRAFÍA, 30.

1. Hermann Cohen, fundador

Hermann Cohen, 30. –Una conversión eucarística, 31. –Proyecto de Hermann aprobado por Mons. de la Bouillierie, 32. –Nace la Adoración Nocturna, 33. –Obra providencial para tiempos duros de la Iglesia, 33. –Primeras vigili­as de la Adoración Nocturna, 33. –El padre Hermann, carmelita, 34. –El apóstol de la Eucaristía, 34. –Jesucristo es hoy la Eucaristía, 35.

2. La Adoración Nocturna

Las *vigilias* de la antigüedad, primer precedente de la AN, 36. –Otros precedentes, 38. –La Adoración Nocturna en España, 38. –La Adoración Nocturna en el mundo, 39. –Naturaleza de la Adoración Nocturna, 39. –Fines principales, 39. –Fines complementarios, 40. –Vigilias mensuales, 41. –Espíritu,

42. –En 1848, hace ciento cincuenta años, 45. –Dios lo quiere, 46.

3. Las vigili­as mensuales

Importancia del *Manual de la Adoración Nocturna*, 47. –La Liturgia de las Horas, 48. –Esquema de una vigilia, 48. –Reunión previa, 49. –Rosario y confesiones, 49. –Vísperas, 50. –Celebración de la Eucaristía, 50. –Oración de presentación de adoradores, 50. –Turnos de vela, 51. –Laudes, 52. –Benedición final, 52.

Apéndice

La Adoración Nocturna Española,
53

Índice, 55.